

# GENIIT

*sociología —  
ciencia — literatura*



Max Nettlau: La misión de los anarquistas en el período revolucionario. — M. Celma: La Vida y los Libros. — El pensamiento vivo de Max Stirner. — Dr. Isaac Puente: Higiene individual o privada. — Vladimir Muñoz: Por los caminos del mundo. De Itucurubi al Paraná-Guazu. — E. Valls: Tribuna de libre discusión: La India y sus pensadores. — Han Ryner: El crepúsculo de Bés. — Suno: Microcultura. — Folletón encuadernable: La lucha por el pan, de Rodolfo Rocker.

Septiembre  
1958

# 93

*Revista Mensual*

PRECIO: 90 FR.



Ayuntamiento de Madrid



## NUESTRA PORTADA

### UN DOCUMENTO GRAFICO PARA LA HISTORIA DE LA C. N. T. DE ESPAÑA EN EL EXILIO

Esas columnas y esa puerta que el lector ha visto en la portada de «Cénit», tienen ya un valor histórico. Son las del Museo de Historia Natural de Toulouse — sala de Conferencias — donde se han celebrado ya cinco Plenos Intercontinentales de Núcleos.

Dentro de estos muros se han discutido con pasión los problemas de nuestra organización, los de España, los del mundo, del que formamos parte; los de la humanidad en general, de la que somos elemento integrante. Los ha discutido la representación delegada de una organización en el exilio, viviendo sin embargo su vida normal, funcionando federativamente; cada año examinando los problemas y lanzando las líneas de actuación futura.

Cuando, mañana, los historiadores se inclinen sobre este período de la vida de la C.N.T. fuera de España, estos muros y esta fotografía tendrán un valor capital. Hombres nuevos, con ojos nuevos, examinarán nuestro esfuerzo y juzgarán sin pasión, con justicia, lo que supimos hacer y mantener en tierra extranjera, con los ojos fijos en el país de donde debimos alejarnos después de una revolución vencida materialmente, moralmente vencedora; con los ojos fijos en el porvenir de todos los hombres y de todos los pueblos del mundo.

Y estos muros resonarán con el eco, a través del tiempo, de las voces fervientes y generosas que repitieron las eternas palabras de fe, de esperanza, de entusiasmo, mediante las cuales nuestro movimiento ha sobrevivido a todo; mediante las cuales sobreviven todos los movimientos que tienen bastante sangre joven y sana para perdurar.

«Cénit» se honra recogiendo este testimonio gráfico de días y de hechos, cuyo valor espiritual hoy no calibramos, pero que serán la admiración de hombres venideros.



#### REVISTA MENSUAL

#### DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

**Redacción:** Federica Montseny, José Borraz,  
Miguel Celma.

**Colaboradores:** José Peirats, Felipe Alaiz,  
Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández,  
Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz,  
Herbert Read, Hem Day, J. Carmona  
Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo  
Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol,  
Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce  
Fabbri, J. Capdevila, G. Espleas, Osmán Desiré,  
Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet,  
A. Prudhommeaux.

**Precios de suscripción.** — Francia: Trimestre,  
250 francos; Semestre, 500 francos. — Exte-  
rior: Trimestre, 270 frs.; Semestre, 540 frs.

Número suelto: 90 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir  
de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,  
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).



### *Páginas de ayer y de hoy*

## LA MISION DE LOS ANARQUISTAS EN EL PERIODO REVOLUCIONARIO

### I



UAL ha de ser la misión de los anarquistas durante el período revolucionario? Esta pregunta debió tener actualidad permanente y destacada en la vida de todas las generaciones libertarias, pasadas y presentes. A primera vista parece que fué así, pero si observamos los hechos detenidamente, veremos que los términos en que está redactada la pregunta demuestran ya una incomprensión del problema, incomprensión que, a menudo, se ha visto en evidencia. Se preguntaba y se inquiría: ¿Cómo se hará la revolución social anarquista? Se preguntaba también: ¿Qué haremos al día siguiente de la revolución, al día siguiente del derrumbamiento capitalista y estatal? Se suponía que al fenecer la sociedad capitalista moribunda, al ser asaltada por una minoría revolucionaria y libertaria consciente, al despertar las pasiones libertarias del pueblo, de todo él, quedaría creada de golpe la sociedad libre con seguridad y protección contra toda recaída de carácter autoritario. Todos estos puntos de vista presuponian, por decirlo así, que los burgueses y sus hólitos, lo mismo que los soportes del sistema, vivían solos en el mundo con un pueblo inconsciente, estrato blanco, immaculado, con supuestas pasiones libertarias durmientes.

Pero la vida es compleja, no simplista y en el estrato blanco había tantos indiferentes, sometidos y rezagados a lo largo de los siglos como conciencias libres y rebeldes.

Como demuestra el mundo moderno, aquella mezcla de elementos contradictorios tiene una proporción distinta para cada país pero se presenta con inexorable regularidad. En tal o cual época hay más libertarios, por ejemplo, en España que en otras latitudes, pero la proporción de autoritarios en general no es sensiblemente menor en un país que en otro. Lo que ocurre es que en un sitio a los autoritarios se les llama fascistas, en otro se les llama moderados o radicales y en otro comunistas y socialistas.

Vale la pena recordar que el primer socialista integral, el que como tal fué también lógicamente un anarquista, el que propuso actuaciones individuales y colectivas en un período revolucionario, el que publicó en febrero de 1793 su importante obra elaborada sobre la «Political Justice» (Londres), es decir, William Godwin, preconizó la conveniencia de proceder colectivamente en armonía de manera que los seres humanos consiguieran por cooperación el progreso de ir prescindiendo de las prerrogativas materiales de la autoridad y de sus apoyos morales. La cooperación voluntaria era para aquél lo mejor, incluso iniciada en medios reducidos, asegurados y defendidos por las autonomías, federables éstas y capaces de ascender a solidaridad voluntaria más extensa y práctica. Arrebatarse las usurpaciones todas al Estado, devolver su libertad de acción a los grupos autónomos, consolidarlos y fomentarlos mediante solidaridad federativa. He aquí las palabras de un hombre que conocía a fondo el pensamiento libre radical y social de la segunda mitad del siglo XVIII, que vió abrirse el período revolucionario de la Bastilla



francesa en el primer tiempo de la Convención, desde el 14 de julio de 1789 al otoño de 1792.

En las frases de Godwin está condensado el concepto de lo que éste atribuía como tarea urgente de los hombres libres de su tiempo. Ya se recordará la evidencia de que, por entonces, los intelectuales ingleses y los librepensadores, lo mismo que buen número de artesanos muy avanzados se sintieran profundamente impresionados por la brillante argumentación de Godwin. Pero no es menos cierto que, por lo que respecta a Francia, la revolución fué adquiriendo un carácter más autoritario de día en día, desembocando en el régimen imperial de Napoleón Bonaparte. La aparente floración en Francia del principio autoritario representó una sugestión para Inglaterra, aparte de que en este país la reacción desencadenó uno de los fascismos intelectuales más insidiosos, el llamado antijacobinismo. Si se exceptúan los filósofos, los librepensadores y los trabajadores socialistas ingleses y norteamericanos que conocían las ideas de Godwin, éstas no tenían apenas boga. Y por lo que se refiere a los socialistas franceses, más o menos impresionados por las nuevas afirmaciones autoritarias—Estados Unidos de América del Norte, Imperio francés, rapiña colonial—preconizaban la idea del socialismo universal de Estado sin sentir grandes preocupaciones por la libertad y la autoonomía. Sólo Fourier en Francia, representa cierto paralelismo con Godwin en lo que atañe a anticipaciones de lejanía, de la misma manera que se parecen en la preparación excesivamente cuidadosa del camino que conduce al objetivo distante.

No fué Godwin el único hombre de mérito que en el siglo XVIII comprendió la idea adversa que encierra todo gobierno enunciando la manera de avanzar por la ruta de la emancipación completa. Pero la verdad es que las ideas de Godwin no vivían más que en pequeñas minorías, como alentaban en pequeñas minorías las ideas de emancipación religiosa. En el terreno religioso abundaban los interesados en atenuar o curar el prejuicio religioso y no abundaban los partidarios de extirparlo. Se aspiraba con el deísmo a que la divinidad fuera mejor o a disminuir su prestigio mítico de la misma manera que se trataba de enmendar la plana a los reyes mediante el racionalismo y las constituciones políticas. Las generaciones quedaron por doquier sometidas al sufragio universal y en el sufragio quedó la infalibilidad del poder político como en la religión había residido y residía en opinión de los creyentes la sabiduría divina. El lugar que ocupaba el monarca lo ocuparon los doscientos o los quinientos diputados de la República. No se pensó en que detrás de los diputados, detrás de estos plenipotenciarios elegidos habría comités directivos y cónsules hasta llegar al Imperio y quedar en la cúspide Napoleón, que impuso su autoridad con más ferocidad que los reyes, entronizándose de nuevo la idea de la divinidad mezclada sutilmente a toda especie de filosofía de **justo medio** y entrando los jesuitas a dominar de nuevo como congregantes después de ser expulsados. No es, pues extraño, que ante la serie de equívocos y desorientaciones que privaban quedara el socialismo de Godwin tan claro en sus dimensiones integrales—**libertad y solidaridad entrelazadas por la autonomía y federación**—disminuido y atenuado; ni tiene nada de extraño que fuera más propagado en tales formas que en su integridad, entregándose al Estado, a los jefes, a los dictadores empapado de sumisión y disciplina, como si fuera un concepto religioso. Así quedó convertido el socialismo en campo

de juego, en comodín o escabel para trepar los ambiciosos al rango de la nueva carrera políticosocial, quedando preconizados los nuevos dogmas con creyentes fanáticos que van detrás de los jefes como sectarios intolerantes.

Hubo, ciertamente, trabajadores asociados, desinteresados, hombres conocedores de las rudas luchas del trabajo, propagandistas ardorosos como profetas, rebeldes capaces de no retroceder ante el martirio y grandes masas obreras como en Lyon, en París, en Barcelona y en otros lugares de pelea, masas que luchaban por el pan y la libertad, por la libertad o la muerte. Pero todos esos casos, a pesar de su grandeza, fueron sólo ejemplos para la discusión entre doctrinarios que trataban, unos de apartar a los hombres de la tutela de los Estados, otros de conseguir el número más alto posible de credenciales parlamentarias como meta del camino hacia los ministerios y al pleno disfrute del poder político.

Los pensadores libertarios de entonces no tuvieron todos la gallardía de oponerse al socialismo autoritario y se retiraron. Algunos de éstos permanecieron unidos en pequeños núcleos de individualismo desinteresado. Otros—como Max Stirner—dijeron muy alto que el hombre tenía que emanciparse él mismo mediante el propio esfuerzo en vez de dominar al prójimo o esperar de éste la liberación. Transcurrió una generación y Tolstoi lanzó el mismo grito a la humanidad sin ser escuchado por otros socialistas ni por las masas, como tampoco había sido escuchado Max Stirner. Pero, con todo, aquellos hombres dejaron huellas que no han desaparecido ni desaparecen. Y fué Proudhon quien habló con franqueza a los socialistas autoritarios salvando en Francia las esencias socialistas al impedir que se hiciera autoritario por completo el socialismo francés. De la misma manera que Godwin, padre intelectual de Spencer y Stuart Mill, como había sido el más decisivo inspirador de Shelley, salvó el socialismo inglés amenazado por autoritarios como Mazzini y Carlos Marx. Y de igual manera que Pi y Margall salvó el socialismo en España, Bakunin contribuyó por lo que se refiere a España y a Italia a conseguir aquel objetivo libertario, luchando además siempre que pudo por conseguirlo en Rusia. En Alemania hubo pensadores de liberación divina y humana del temple de Feuerbach y Max Stirner, pero se impusieron los fanáticos y los alucinados del poder comunista dictatorial desde Weitling a Lasalle, Marx, Bebel, Liebknecht y séquito de todos ellos. Triunfaron estos doctrinarios llamados prácticos hasta el punto de crear entre todos una autoridad más completa y totalitaria, una especie de absolutismo fuerte capaz de destruir al absolutismo menos fuerte.

Teniendo en cuenta las circunstancias apuntadas hay que reconocer que en el siglo XIX no existieron períodos verdaderamente revolucionarios; existieron, todo lo más, situaciones revolucionarias como en febrero-marzo de 1848, en marzo de 1871 en París, y en otras épocas en distintos lugares. Cayeron unos autoritarios y subieron otros en su lugar, siendo éstos substituidos a su vez por nuevos autoritarios más encarnizados y menos escrupulosos, siguiéndose así la cadena hasta las derrotas totales de diciembre de 1851 y mayo de 1871. No sirvieron los avisos—tan claros—de Proudhon, cuyas «Confesiones de un revolucionario», obra reimpressa en Barcelona, demuestran brillantemente el pensamiento prevenido de aquél. Tampoco se aprovecharon las actividades múltiples de Bakunin, que le llevaron a estar preso doce años en fortaleza y en Siberia.



Tampoco se aprovechó lo que pudieron hacer algunos libertarios de 1848 y otros libertarios de la Comuna. Nada prevaleció contra el hecho de que fueran sucediéndose situaciones autoritarias cada vez más fuertes como en Rusia.

El resultado de tales revoluciones resulta una fatalidad, un hecho inevitable. Cualquier principio de autoridad, por alto y fuerte que se glorifique, no tiene más que enemigos o sectarios fanáticos. No puede establecerse sobre un pueblo, no puede consolidarse a su gusto un sólo instante porque sería destrozado implacablemente por manos vengadoras. Sólo puede sostenerse indefinidamente empleando mano de hierro, que en una fecha o en otra es vencida a su vez por otra mano de hierro más contundente. Es indudable que el pueblo podría negarse a colaborar con los autoritarios, podría negarse a sostenerlos y aperebirse a destruirlos, pero también es indudable que contra el posible despertar del pueblo se dirigen las represiones y la falta de escrúpulos. Si hay una autoridad y por ironía se denomina ésta socialista, no puede hacer más que propagar la enemistad con los restantes matices socialistas que no se resignan a quedar inoperantes, que no se avienen a reconocer la usurpación y el monopolio.

Así, cabe decir que las situaciones revolucionarias, como los periodos revolucionarios, sólo han servido para que los autoritarios se adueñaran del poder y para que otros autoritarios hicieran lo posible por conquistarlo. Con clara comprensión de estos antecedentes y a pesar de lo elocuentes que son, los libertarios no se abstuvieron jamás de actuar en sentido revolucionario. Con buenas o malas razones, se acogieron a la teoría del mal menor y de la táctica activa; sobre todo se acogieron a la solidaridad contra el **enemigo común**. Esta solidaridad no fué devuelta, no fué correspondida jamás por los autoritarios a los libertarios. Recordemos que Bakunin pelea en 1848-49 a favor de todo movimiento insurreccional que halla en su camino: con los checos en Praga y en otro sentido distinto, con los rebeldes alemanes en Dresde. Eliseo Reclus, se sintió feliz cuando después del 18 de marzo de 1871 hubo falta de gobierno por unos días en París, pero se batió después en favor del nuevo régimen de la Comuna hasta el último momento. Malatesta vió interrumpido dos veces su camino cuando en 1876 corría a batirse en favor de los serbios contra los turcos. En 1881 se ofreció Kropotkin, a pesar de ser anarquista, al Comité ejecutivo de la «Narodna Volia», que quería obligar al emperador ruso a proclamar una constitución. En todo menester subversivo de interés común los anarquistas lucharon generosa y directamente, de manera decidida, incondicional, sin reservarse y sin especular.

Después de 1871 no hubo en Europa periodo revolucionario, ni siquiera hubo periodo prerrevolucionario. ¿Por qué? Porque abdicó por completo el socialismo autoritario, el cual no se movía más que en sentido doctrinario, parlamentario y reformista, hasta que en noviembre de 1917 triunfó el golpe de mano bolchevique gracias a que una sola fracción de la sociocracia substituyó a todas las demás hasta el punto de que los dominadores pudieron arrojar la máscara, repudiar el parlamentarismo y establecer el régimen dictatorial. Como todo esto se hizo por un procedimiento revolucionario militar y al principio en estilo avanzado tuvo el apoyo de casi todos, probablemente de todos los anarquistas rusos, contribuyendo éstos a elevar al poder a quienes poco después serían sus enconados perseguidores.

En vano se buscaron pruebas de reciprocidad socialista. Cuando tras la derrota de la Comuna de París, quedaba todavía rescoldo revolucionario en España e Italia y la Internacional quiso tomar parte en la subversión o trató de suscitar conmociones generales en 1873 (España) y en 1874 (Italia), los socialistas reaccionaron con odio y desprecio contra aquellos acontecimientos y todavía hacen circular hoy escritos segregados por Engels al efecto («Les bakunistes à l'œuvre», etc.). En general y por lo que respecta a Italia en cierto número de años antes y después de 1870 (toma de Roma) como periodo correspondiente a las conmociones españolas, toda la actividad internacional anarquista tuvo frente a ella las represiones gubernamentales y la malignidad de Marx y Engels. Cualquier actividad anarquista tenía el desdén del socialismo marxista, como también se burlaba el marxismo de todo levantamiento popular, de toda protesta vital. Aquel socialismo marxista emitía la convicción absoluta de que había pasado ya el tiempo de las revoluciones, que todo evolucionaba según la teoría preconcebida del marxismo en la incubadora parlamentaria y reformista y que se acercaba a pasos redoblados el tiempo de la conquista política. Cuando los socialistas tuvieron en un Parlamento de cien diputados cuarenta y nueve actas y pasaran a tener 51 se limitarían a votar impuestos que absorbieran el 99'99... por ciento de los beneficios del capital y quedaría consumada la expropiación. Creían que aquel argumento era tan evidente como  $2 \times 2 = 4$ , pero resultaron cuentas galanas parecidas a las del cazador que preconiza la manera de cazar pájaros poniendo a éstos unos granos de sal en la cola. Como se olvidaba el cazador del pequeño detalle del vuelo y los pájaros echaban a volar antes de dejarse poner la sal en la cola, así el capitalismo inventaba medios extraparlamentarios de seguridad y así es cómo acabó por suscitar la reacción actual con sus tremendos bajos fondos que tan bien conocemos hoy.

No tengo empeño en actuar ahora como polemista sino que intento precisar la significación de los hechos de la vida real. Paralelamente al malestar motivado por acentuarse cada día con más violencia la explotación capitalista hubo más de sesenta años de desviación sistemática para el sentimiento popular a favor del régimen estatal y de la ordenación de la vida colectiva por la autoridad socialista. La socialdemocracia dió plaza a formaciones más virulentas cada vez: bolcheviques, fascistas, racistas... Y entraron en la vida autoritaria los hombres que predicaban el manejo de otros hombres, como un ganadero maneja sus cabezas de ganado para vender carnes y pieles, etcétera. El descontento se lleva por canales antihumanos, produciéndose sin cesar desviaciones y perplejidades enormes. No sólo quedaron centralizadas y paralizadas las energías populares, sino que quedaron pervertidas, convirtiéndolas los autoritarios en fuerzas antisociales que establecieron la esclavitud dentro del perímetro de cada país y se lanzaron a la guerra exterior o interior, produciendo una psicosis general de tensión nerviosa agotadora para la vitalidad de los seres humanos. El socialismo boga por este proceloso mar buscando unas veces la colaboración con los burgueses y llevando a la colaboración el socialismo su propia debilidad y su propia impotencia; otras veces el socialismo se deja absorber por el «comunismo», cuyo designio más señalado es acabar con el que se le entrega y darle el tiro de gracia; no deja otras veces el socialismo de emprender una labor programática para construir, por



# La vida y los libros •

## «PSICOLOGIA Y REEDUCACION»

por Reina Reyes

«No deben fijarse normas de vida porque cada vida debe responder a la realidad intrínseca del sujeto». — R. R.

Así, con esta frase queda resumido el hermoso libro que nos ofrece Reina Reyes en el que trata un tema de gran importancia para todos aquellos que se interesan y estudian el comportamiento y la moralidad de los hombres.

Se dice que los árboles han de cogerse de tiempos para que suban derechos. La sociedad, en este aspecto, es como un árbol. Ha de empezar su formación desde la infancia.

Reyes hace converger unos conocimientos muy desarrollados, una serie de experiencias de alto valor pedagógico y un poder deductivo seguro y capaz.

Compartimos su opinión cuando dice que «la situación de desamparo en que se encuentra la juventud es fruto de las influencias sociales.»

Sin duda, la autora del libro debe pensar que para regimenter la juventud ya son bastante la iglesia, el cuartel y la fábrica, pues opina, que «la creación de centros femeninos, por ejemplo, chocan con la naturaleza misma de la mujer».

Ya sabemos que el criterio religioso de rígida censura y continua amenaza, como hacen las congregaciones reli-

giosas, crea contradicciones en las niñas que engendran neurosis.

No decimos que Reina Reyes sea libertaria, mas es posible que lo sea como Guyau, afirma que no admite el uso del temor, y ello es un principio esencialmente anarquista.

Nada hay más despreciable para el hombre que causar temor, además, desde el punto de vista medical al hacerse temer, los que están a cargo de los niños (maestros, monitores, padres incluso) provocan un estado de zozobra que nada favorece al desarrollo mental del adolescente.

Desgraciado del hombre que se hace respetar por el temor que inspira.

Toda la civilización cristiana está condenada por este libro.

Con los niños, como con los hombres, el afecto vale más que la cualidad intelectual o pedagógica. Es decir, inspirar cariño es la parte más importante del educador.

Estudia la psicología individual y su resultante, aunque contradictoria a veces, la colectiva. Nos habla del papel que juega la emotividad, la neurosis y el origen de la agresividad en el individuo. Explica cómo suele nacer y afincarse el complejo de inferioridad. Para aleccionar a los padres cita algunos traumas psíquicos ocasionados por la agitada vida familiar y social: «La existencia de estados neuróticos anormales no sorprende si se recuerda que la neurosis — enfermedad del siglo — es un trastorno por falta de integración social.»

Parte en guerra contra la sociedad y dice: «La vida humana exige esa adaptación al medio ambiente y la sociedad actual no asegura las condiciones necesarias para que los niños puedan realizar, sin peligros, esa adaptación».

Naturalmente que a nosotros los libertarios, temas como los tratados por Reina Reyes en «Psicología y Reeducción» debe interesarnos y debemos apoyar sus concepciones mientras no pasan a ser objeto de estadistas. En cuanto al Estado se hiciese dueño de tales teorías, es decir, de su aplicación, aquello que ayer podía ser de utilidad, hoy sería nefasto, detestable.

Las conclusiones científicas de la psicoanálisis, en manos del Estado nos conduce a situaciones peligrosísimas. Ejemplo Hitler que pretendió hacer de ello un arma de Estado.

Ha observado cómo el niño miente y cómo se obtiene que mienta. La mayoría de las mentiras del niño no tienen más objeto que el de defensa. No atacarle y no mentirá.

La adolescencia se ve asaltada y cree camuflar el delito mintiendo. Asegurémonle que no habrá coacción ni sanción, como pide Guyau, y no mentirá.

La culpa es del pedagogo. Al maestro, como al soció-

decirlo así, su propio fascismo y ser esperado por los restantes fascismos como un navio que acabará por colabar con ellos.

Un hecho queda patente: el marxismo considerado en sí mismo, el marxismo como tal no es ya el hoy, es el pasado. Marx no tiene nada que ver con los actuales restos. Y ocurre, afortunadamente, que en medio de la lucha efectiva, el pueblo y a veces hasta los socialistas, ven en los anarquistas todos los únicos socialistas integrales. Son las únicas fuerzas que actúan paralelamente al progreso humano. Estas fuerzas anarquistas a pesar de su idealismo, a pesar de su perseverancia, tan memorables sus días de lucha, no han podido atravesar por tantos períodos de general desorientación sin caer en error, permaneciendo también desorientados o inútilmente divididos y especializados en grado distinto según las latitudes habituales. Todo esto debilita considerablemente la esencialidad de las ideas anarquistas.

Max NETTLAU

(Trad. de F. Alaiz.)

(Continuará.)



logo, no debe importarle el castigo sino la enmienda. Para desnudar el pensamiento del hombre ha de inspirársele, sobre todo, confianza, no temor.

Ni aún los exámenes deben tener carácter impositivo. El examinado no debiera observar que se le hacen preguntas sospechosas o intencionadas.

#### PAPEL DE LA PERSONALIDAD

Se deduce también de «Psicología y Reeducción» que la falta de personalidad es siempre terreno de posibles malas acciones.

Se ha observado, dice Reyes, que en la mayoría de los casos delictivos de los adolescentes es principal causa la ausencia de personalidad.

Diremos de paso que impedir que uno estructure su propia personalidad es la suprema ambición del clero. Es sólo por falta de personalidad en los humanos que los curas han podido erigirse en pastores.

Fruto del clero es también el sentimiento de minusvalía, muy general por cierto.

Casos de desesperación, intentos de suicidio, estados de melancolía, son analizados por Reyes con soltura y filosofía de elevadas alturas.

No cabe duda que al cerebro, brújula y timón de nuestra conducta, se le ataca despiadadamente por muchas partes. Todos nuestros sentidos están dirigidos o frenados por factores externos contra los que íntimamente hay que prevenirse. Desde los establecimientos de enseñanza hasta el hogar, pasando por la calle y el taller, todo tiende a imponerse al propio YO de cada uno. La educación no ha de ser freno de nada, ha de encaminar al niño hacia la búsqueda de sí mismo, a fin de que, cuando llegue a hombre le permita no de SABER sino de SER.

Sólo SIENDO el hombre puede conducirse como ente social.

Y la educación de la infancia no debe tener otro objeto.

\*\*\*

#### «LA SANGRE DE LA LIBERTAD»

(ACTUELLES)

por Albert Camús

Ya sabemos cual es el bien máspreciado según Camús: la libertad y el hombre.

Por «La sangre de la libertad», la serenísima pluma de este escritor nos conduce al examen de defectos y virtudes fundamentadas, no sobre hipótesis o fantasías, sino sobre realidades vivas de la hora.

Expone ideas y toma posición frente a una serie de acontecimientos que, sobre tener importancia capital porque pasaron, la tiene mucha más porque pueden volver a pasar. Acontecimientos que caracterizan una época, compendio de sus anteriores, una lucha sangrienta — que es reflejo del desenfreno humano —, una sociedad, sus hombres y las ideologías que predominan.

Buena parte de sus 160 páginas están destinadas a España y a la catástrofe que ocasionó millón y medio de muertos españoles. Y lo hace con tal rectitud y respeto; con tal calor, profundidad y cordura, que bien se merece una

plaza privilegiada entre nosotros. Algo así como si fuese el abogado de nuestra causa.

Y al decirlo, no creemos minimizar su misión universalista y libertaria — sí, libertaria, aunque algunas veces escriba «vosotros, los libertarios»... — pues, no será abusar de su confianza si decimos que, en la batalla antifascista española, Camús vió un ejemplo a seguir y un espejo adónde mirarse. Batalla con la cual se identifica y de cuya causa es intérprete fiel y defensor valiente:

«Y en esa sociedad es en la que nosotros recibiremos a la España de la libertad. No haciéndola entrar por la puerta trasera, sino abiertamente, con solemnidad, con el respeto y ternura que le debemos, la admiración que experimentamos por sus obras y por su alma, y en fin, la gratitud que sentimos por el gran país que nos ha dado, y continúa dándonos, las más altas lecciones.»

#### SU VALOR UNIVERSALISTA.

En sus cartas a un alemán, escritas en los años de guerra mundial, introduce una advertencia, sin la cual, el lector se expone a ver un pensamiento falseado.

«Son dos actitudes que enfrento, no dos naciones, aun si en determinado momento de la historia estas dos naciones han podido encarnar dos actitudes enemigas».

Aunque parezca que con estas líneas se quiere decir a los pueblos que están exentos de responsabilidad, no es así. Los pueblos tienen deberes. Empero, si no los cumplen, no son ellos totalmente responsables. Mas la tolerancia profesada hacia los pueblos no puede alcanzar a todos sus habitantes.

«Sólo detesto a los verdugos».

«Como un documento a la lucha contra la violencia (no contra Alemania) no repudio de ellas (las cartas) ni una sola palabra».

Otros, Hemingway por ejemplo, han dicho como Camús, pero así como éste se expresa sin equívocos posibles, aquél titubea, no puede disimular su turbación. ¿Téme enfrentarse con el poder?

Desgraciadamente es así. Leyendo a los escritores y comparándolos se descubre cómo unos anteponen su deber humano a su profesión, mientras que otros, a su fama profesional supeditan su cualidad de hombres.

Previendo el final de la guerra contra Hitler y realizando el resultado de la derrota alemana dice Camús:

«Por el momento, todavía estoy cerca de usted en espíritu; enemigo suyo, es verdad, pero todavía un poco amigo puesto que le confío aquí todo mi pensamiento. Mañana se habrá acabado. Lo que su victoria no habrá logrado siquiera morder, su derrota lo apurará.»



*Y reafirmando en cada línea su participación en la lucha por la causa que considera justa, afirma:*

«Un amor cualquiera no basta para justificarnos.»

*Naturalmente, amar como tirar, no tiene importancia ni virtud si no se acierta en el blanco.*

«No siento ninguna inclinación por el odio. La sola idea de tener enemigos me parece la cosa más penosa del mundo. Mas el perdón no me parece más adecuado y, hoy por hoy, tendría el carácter de afrenta.

Como hombre apreciaré al que sabe perdonar a los traidores, mas lo deploraré como ciudadano porque este amor nos traerá una nación de traidores y mediocres y una sociedad que rechazamos.»

*Se perdona cuando el perdón no constituye una felonía.*

«No antes, nunca antes, para no traicionar a costa de una efusión del corazón, lo que constituye la nobleza de los hombres, es decir, la fidelidad.»

*¡Oh, gran verdad! ¡Verdad inmensa! ¡Filosofía esencial, realista, científica! ¡Consciencia del ser y del vivir!*

¿Quién lo negará? El amor a un bruto no es amor, o al menos no justifica nada. Acaso justifique complicidad, que es peor. Amar al verdugo es odiar a la víctima, con lo que el amor se trueca en odio. Y, en este caso, amor será el más cobarde de los odios.

La neutralidad ante la injusticia no embellece a nadie. Pilatos no debe pervivir. Es necesario tomar baza, intervenir al lado de la víctima.

#### EL HOMBRE, RAZON DE COMBATE.

Camús, aún reprochando a un alemán su actitud bélica y criminal, no se desprende de su substancial filosofía y perfecto humanismo. No emplea lenguaje de odio, aun odiando.

«¿Qué es verdad?, al menos sabemos qué es mentira.

¿Qué es espíritu?, conocemos su contrario: homicidio.»

*Y si para definir el espíritu y la verdad se sirve de sus antipodas, cuando se trata del hombre, que abarca la verdad y el espíritu, es escueto y categórico.*

«¿Qué es el hombre? ¡Alto ahí! eso sí que lo sabemos. El hombre es esa fuerza que acaba por

derribar dioses y tiranos.»

«Ustedes combaten contra toda esa parte de hombre que no pertenece a la patria.»

*Perfectamente. Y aquí colma su ideal haciéndolo sublime: nada hay por encima del hombre; ni Dios ni patria. Todo lo más que hará será admirarlos, pero sólo a medida que patria y Dios se confundan con el hombre.*

*Haciendo ridículo, si no fuera cruel, el papel que juega el confesor ante el que va a morir, Camús escribe:*

«Creo poder decir que para los que van a ser fusilados, una conversación sobre la vida futura no arregla nada. Creer que no todo termina en la fosa común es demasiado difícil.»

*Legítima la cólera, la violencia, aunque, para la una como para la otra, se nota marcada diferencia de tono entre la expresión de durante la guerra y la de después. No obstante afirma:*

«Ha bastado que un muchacho muriera para que a la inteligencia añadiéramos la cólera.»

Y «La sangre de la libertad», además de enjuiciar y opinar sobre las leyes, Europa y los dioses; sobre la teoría jesuítica y bolchevique, según la cual, el fin justifica los medios; sobre los periódicos, los gobiernos y los militares, se dirige también al Papa. Este, en un momento en que hasta los lelos se dan cuenta de la derrota del hitlerismo, sienta plaza de aliado, especulación deshonesto que le hace decir a Camús:

«Nuestro mundo no precisa de almas tibias.»

*Siete palabras que caen como siete guantazos.*

*Dando ánimos a los libertarios y a los que, como los españoles, todavía tenemos a Hitler en Madrid, concluye:*

«La verdadera desesperación no nace ante una adversidad obstinada ni en el agotamiento de una lucha desigual. Surge cuando ya no se ve razón alguna para luchar ni si, precisamente, ha de lucharse.»

*Palabras que Albert Camús nos envía de lo más profundo de su corazón.*

*Incontestablemente «La sangre de la libertad» es un libro indispensable que debe leerse por todos los que aprecian la libertad y por todos los que desean que los verdugos no hagan derramar más sangre.*

M. CELMA





# El pensamiento vivo

## DE MAX STIRNER

El anarquismo halló una expresión única en el libro de Max Stirner—Juan Gaspar Schmidt—: «Der Einzige und sein Eigentum»—El Único y su Propiedad—libro que, es cierto, cayó muy pronto en el olvido y no ejerció ninguna influencia en el movimiento anarquista como tal, pero cincuenta años más tarde fué objeto de una inesperada rehabilitación. La obra de Stirner es eminentemente filosófica y en ella se señala la dependencia del hombre, de los llamados altos poderes, a lo largo de todos sus torcidos caminos, manifestándose el autor sin la menor timidez al deducir consecuencias del conocimiento obtenido en la meditación. Es el libro de un insumiso resuelto y consciente que no hace la más leve concesión de reverencia a ninguna autoridad, por encumbrada que se halle, con lo cual estimula enérgicamente a pensar con independencia.

Rudolf ROCKER.

«Anarquismo: Sus aspiraciones y propósitos».

Yo no he basado mi causa en nada exterior a mí mismo.

—o—

Mi causa no es ni la causa de Dios, ni la causa del culto a la humanidad patriotera, ni la causa de la verdad autoritaria, ni la de las deformadas causas de la libertad engañosa o la justicia injusta que nos pregonan. No es tampoco la causa chovinista de mi pueblo, de mi príncipe, de mi patria, etc.

—o—

Según los autoritarios, sólo mi Causa no debe ser nunca mi causa. Pensar contrariamente es recibir el «anatema contra el egoísta que no piensa más que en sí mismo» (?).

—o—

Los religiosos saben anunciar a las mil maravillas de Dios muchas cosas esenciales, pues a lo largo de los siglos han «escudriñado las profundidades de la divinidad», llegando hasta su mismo corazón, de manera que pueden decir perfectamente cómo Dios trata la «Causa de Dios» que según parece tenemos la misión de servir. Pero, estudiemos un poco cuál es la «Causa de Dios»...

—o—

¿Es que acaso Dios, como se exige de nosotros, ha hecho suya alguna causa que no sea la de él mismo, pongamos por ejemplo, la Causa de la Verdad o la Causa del Amor? Tal incompreensión indigna a los religiosos, pues enseñan por cierto, que la Causa de Dios es la del Amor y la de la Verdad, y que el mismo Dios es Amor y Verdad.

—o—

Decir que Dios favorece una causa que no sea la propia, es igualarlo a nosotros—según el lenguaje teológico—«pobres gusanos de tierra», suposición que es insoportable para la gente de iglesia. «¿Sería partidario Dios de la causa de la Verdad, si no fuera él mismo la Verdad?» Dios sólo se preocupa de su propia causa.

—o—

Mas nosotros, al parecer, como no somos el «todo del todo», nuestra causa «es pequeña y despreciable». Por ello, debemos obedecer a una causa «más alta».

—o—

Mirándolo bien, yo sigo el ejemplo del supuesto «Dios» mejor que sus partidarios. Pues Dios no sirve otra causa que la propia. Lo mismo hago yo, que no sirvo ni su causa ni la de nadie, sino mi propia causa.

—o—

En cuanto al pretendido «egoísmo» mío, hablemos un poco. La cosa está por demás clara. Dios no se preocupa nada más que de él mismo, se ocupa de sí mismo, piensa en sus propios asuntos, y su mirada es egocéntrica; ¡desgraciado todo aquel que a él no se someta! Dios no sirve a uno «más Alto» que él y se limita a satisfacerse. Salta a la vista, pues, que la Causa de Dios es una causa puramente egoísta.

—o—

Y ahora pasemos al culto de la Humanidad patriotera, que las gentes de Estado quieren que sea también nuestra causa. ¿Es qué acaso dicha Humanidad sirve a alguna causa superior? Nada de eso. Pues se favorece a sí misma. No tiene otra causa que la propia. Para desarrollarse, se sirve de los pueblos y de los individuos, atormentándolos a su servicio, y cuando éstos han ejecutado lo que les reclama, los lanza, ¡la muy agradecida!, en el estercolero de la historia.

—o—

Yo hago como la Humanidad patriotera. Sigo su ejemplo. Hago como ella sirviendo una única causa. Ella sirve la suya. Yo no sirvo tampoco la suya, sino la mía propia.

—o—

Todas las otras causas que andan por el mundo, no reclaman el florecimiento del Individuo, la Libertad del Hombre, sino el sometimiento de éste a sus fosilizados dogmas.

—o—

Reflexionad un poco sobre un pueblo chovinista defendido por patriotas rabiosos. Los patriotas sucumben en combates sangrientos o en la lucha con el hambre y la miseria. El fertilizante de sus cadáveres hará más tarde de



tal pueblo «una nación floreciente». Los individuos han muerto «por la gran causa de la nación». La nación les envía algunas palabras de reconocimiento (tumbas del soldado desconocido) y saca del negocio todo el provecho. Yo llamo a eso un egoísmo lucrativo.

—o—

¿Y qué me contáis de ese Sultán que tanto se cuida de los «suyos»? ¿Es que acaso no parece sacrificarse siempre por los «suyos»? Perfectamente, así es. Mas hagamos una prueba. Manifiéstate como «tuyo» y no como «suyo» y verás lo que te pasa. Serás encarcelado, encadenado, por haberte sustraído así a su egoísmo sultanesco. Pues has de comprender que el Sultán no tiene otra causa que la propia: él es todo para él, es único en sí mismo, y no puede sufrir que alguien no quiera ser «suyo».

—o—

Yo hago como el sultán. En vez de defender la causa de los otros, comprendida la del propio sultán, yo también tengo mi propia causa. Pero con la variante de que no pretendo que sea la causa de los «otros» ni de ningún modo trato de imponerla a los demás. Mi libertad termina donde empieza la del prójimo.

—o—

Con estos ejemplos deslumbrantes, ¿no queréis reconocer aún que el individuo, y nadie más que él, es quien debe conducir su propia barca? Por mi parte, encuentro en ellos una gran enseñanza, y en vez de continuar a servir «desinteresadamente» a los grandes egoístas citados, prefiero en este caso tener yo mismo mi propia causa.

—o—

Dios y las demás causas no han basado su causa en nada, en nada más que en ellos mismos. Siguiendo su ejemplo, también yo coloco mi causa en mí mismo, pues, al margen de Dios y las demás causas esclavizantes, yo afirmo mi unicidad, mi soberanía, respetuosa de las soberanías del prójimo.

—o—

Si Dios y las demás causas, como se nos asegura, tienen una substancia suficiente para contener en ellos mismos «el todo del todo», encuentro por mi parte que tal materia también existe en mí. Sigo su ejemplo, no me quejo de mi «vacío». Si ellos crean de la «nada» sus causas, de mi «nada» creo yo también la mía.

—o—

Para mí, nada hay por encima mío. Desconozco a todas esas causas esclavizantes, grandes egoístas, que quieren que el individuo sea servil y lacayo.

—o—

Yo soy propietario de mi potencia y lo soy cuando me reconozco como único. En el único, el individuo retorna hacia la «nada» creadora de la cual ha nacido. Todo ser por encima mío, que sea el fantasma Dios o el fantasma hombre, debilita el sentimiento de mi individualidad y comienza solamente a palidecer cuando el sol de mi conciencia amanece en mí.

## NOTAS DIVERSAS

1.—La Anarquía, ideal libre del individuo libre, tiende, desconociendo a todas las causas doministas, hacer florecer en el hombre la conciencia de sí mismo. El hombre,

como afirmaba Protágoras es la medida de todas las cosas y no debe ser, pues, sumiso buey al que se unza el yugo de causas extrañas al florecimiento de su libérrima personalidad. **Conócete a ti mismo**, proclamaba Sócrates por las ágoras atenienses, exclamación que guarda un parentesco y una similitud con el «forjar la propia causa» que aconseja Stirner.

2.—Caso curioso, representa las sucesivas ediciones del libro de Feuerbach, «La esencia del Cristianismo», en varios idiomas. La última castellana data de 1957, editada en la Argentina. Como se sabe, fueron los escritos «neocristianos» de tal escritor alemán, los que motivaron principalmente, esa reacción saludable que representa para el pensamiento libre la obra de Stirner. Si el obediencia a la «causa de Dios» ha sido la que más ha desindividualizado y gregarizado a los hombres, no debe extrañarnos que la obra de Stirner reaccione principalmente contra ese impositivismo. «Pocos libros—escribe el historiador Max Nettlau—, han sido tan incomprendidos o interpretados tan diferentemente, y numerosos son los que no quieren leerlo, porque se imaginan a Stirner en la extrema punta del individualismo autoritario. Ese libro se me aparece, al contrario, como animado por un pensamiento revolucionario... Stirner ha demostrado, como La Boetie, que la esencia de la **Servidumbre voluntaria** es el Estado, el enemigo mortal... Apercibió el carácter autoritario de un comunismo y de un socialismo de Estado... Es traicionar sus ideas el ver en él a un turiferario del egoísmo autoritario o a un antisocialista... o a un contrarrevolucionario. Para mí, lo que deseaba es la ruptura completa con el cristianismo autoritario, ruptura que se me aparece como la más segura garantía de la libertad y que, para Stirner, era lo primero que debía hacerse, a la cual estaba subordinada la cuestión social, mientras que los trabajadores no se dieran cuenta, lo que muy fácil les sería, de retirar su apoyo a un régimen, que de ellos extrae alimentos, vestidos y manutención». («Der Vorfrühling der Anarchie»).

3.—La última edición del libro de Stirner, aparecida en francés, la sola que se podía conseguir hasta hace poco, se ha agotado. Fué editada por Fernand Planché. («Bien es verdad que aunque haya suscitado cierto interés en algunos medios, formulamos la esperanza de que la presente edición hará rebotar al UNICO Y SU PROPIEDAD siempre un poco más arriba», escribe en su introducción el último biógrafo de la Virgen Roja), en las ediciones parisinas SLIM, 1948. Prologada por E. Armand. La última edición española, editada por NOSOTROS (Valencia, 1937), y prologada por Miguel Giménez Igualada, está también agotada. Tres más fueron publicadas en España: una por ESTUDIOS de Valencia, otra por SEMPERE a principios de siglo y en la misma ciudad mediterránea, y la primera en Madrid por LA ESPAÑA MODERNA, siendo esta última, la mejor presentada.

4.—Es de esperar que este espiguelo, adaptado al castellano, sea fácilmente asimilado por los jóvenes estudiosos que lo lean, para que puedan comprender la médula de la filosofía de un pensador que fué el primero en exponer **detalladamente** el concepto de la soberanía de la persona humana. La libertad y la dignidad humanas, residen en la edificación de la propia personalidad respetuosa de las personalidades de nuestros semejantes. Todas las «Causas» doministas son tiranías de la conciencia. V. M.



# HIGIENE INDIVIDUAL O PRIVADA

(Continuación)

**CLASES DE ALIMENTOS.**—Para estar acorde con la higiene, la alimentación debe suministrar en proporción adecuada, las diversas clases de componentes:

**PROTEICOS O ALBUMINOIDES.**—Son alimentos que sirven para suministrar materiales de edificación para nuestro cuerpo. Algunos son insustituibles. Deben ser sumamente variados. El joven en formación, en desarrollo o crecimiento, y el convaleciente, los precisa en abundancia. En cambio, el hombre hecho tiene de ellos una ínfima necesidad, la que se ha llegado a evaluar entre diez y veinte gramos por día. Los albuminoides son buenos como materiales de construcción de nuestros tejidos, pero malos como alimentos energéticos, por dejar muchos residuos perjudiciales al organismo. La sobriedad que se aconseja al adulto se refiere, sobre todo, a los albuminoides. La obesidad, el artrismo, la gota, la diabetes, son consecuencias de la sobrenutrición.

Los hidratos de carbono (féculas y azúcares) constituyen el alimento fundamental del hombre. Las grasas son también un buen alimento energético. El organismo tiene la facultad de trasmutarlas. Formar grasas con los hidratos, para almacenarlos como reservas y convertir las grasas en hidratos de carbono, para consumirlos como energía. La supresión absoluta o muy restringida de los hidratos de carbono, a la que se llega en el tratamiento de la diabetes, no puede hacerse sin precauciones, pues puede sobrevenir la acidosis y la muerte.

Las sales deben ser abundantes y variadas, sobre todo en la edad de crecimiento (fosfatos, cal, hierro, potasio). El magnesio está adquiriendo más importancia cada día por su influencia preventiva sobre el cáncer, y curativa sobre las formaciones precancerosas (verrugas, por ejemplo). Los alimentos más ricos en estos elementos alimenticios, indispensables al buen equilibrio humoral y a la buena salud, son los cereales y las verduras.

Las vitaminas son sustancias supuestas, cuya falta acarrea serios trastornos y enfermedades, habiéndose ya descrito cuatro de ellas, nombradas con las cuatro primeras letras del alfabeto. El raquitismo es debido a la falta de una de ellas. El reino vegetal nos las ofrece en toda su variedad. Algunas son destruibles por el hervido, por lo que se aconseja, como medida higiénica, el tomar en cada comida un plato crudo de fruta o de verdura. El crudivorismo, que empezó como consejo empírico, ha sido hoy rehabilitado por la medicina.

**CANTIDAD.**—Se acostumbra a medir la cantidad de alimento por el número de calorías, pero ello es bastante difícil y artificioso. El apetito y la experiencia personal, o la observación, son mejores consejeros. Tal cuidado tiende a complicar la alimentación, de la que debe quitarse toda meticulosidad, engendradora casi siempre de dispepsias. De ordinario, se come más de la cuenta, cuando se puede comer. Y cuando los ingre-

sos no llegan para comer, el cálculo o cómputo de alimento necesario sólo podría aceptarse como burla.

El número de comidas debe ser el menor posible. Debe darse tiempo suficiente al estómago para vaciarse y para descansar. Debemos acostumbrarnos a guiarnos por el apetito, pero aprendiendo a desconfiar de él. En los empachos gástricos suele perderse la sensación normal de hartura.

**LOS FRAUDES ALIMENTICIOS.**—En las poblaciones, la alimentación está tan falseada y alterada como la atmósfera. Por habilidades profesionales en las preparaciones, y por abonos químicos y cultivos intensivos en los productos agrícolas. Y estos fraudes alimenticios son más patentes y encierran una extraordinaria gravedad en lo que respecta a las sales.

La tuberculosis, tan difundida en los países civilizados, entraña una decalcificación, un déficit o una pérdida de sales de cal.

El cáncer es otra enfermedad que amenaza con su espectro a la humanidad. Según los trabajos perseverantes del Pr. P. Delbet, es debido a un déficit de sales de magnesio, y podría prevenirse con la administración diaria de estas sales.

Así, sales de magnesio y sales de cal, deben ser exigidas a una alimentación racional e higiénica. La cal es más propia de la media mitad de la vida, el magnesio de la segunda. Pues bien; si se pasa revista a la alimentación corriente de la humanidad, se comprueba en seguida el fraude de sales, el déficit flagrante de cal y de magnesio. La carne no contiene ninguna de las dos. La sal que antes contenía magnesio (1), hoy está desprovista de este elemento merced a la refinación. Las verduras y legumbres que medran rápida y artificiosamente, no contienen apenas sales, y menos aun si el terreno es arcilloso o silíceo y no calcáreo. La leche es tomada en cantidad insuficiente. Por lo demás, ella es sumamente rica en sales de cal. El magnesio lo contienen las partes verdes de los vegetales, pues es agente de la síntesis clorofílica; pero si no se repone en los terrenos de cultivo, este elemento disminuye cada vez más. Los abonos no suelen devolver este elemento a la tierra.

Los cereales son los más importantes abastecedores de sales en nuestra alimentación, pero el arroz lo comemos descortezado y el pan lo hacemos con la parte peor del trigo, y las sales las desechamos suicidamente. El grano de trigo está formado por varias capas concéntricas que forman la cáscara, el pigmento, y que contienen casi por completo las sales. Debajo de éstas hay una capa de células de gluten y luego un contenido de almidón. En el centro está el germen, también rico en

(1) La sal de cocina contenía por término medio 170 gramos por 100 de cloruro y sulfato de magnesio.



fermentos y vitaminas. Pues bien; el pan se hace exclusivamente con el almidón y parte del gluten. Los molinos modernos separan los gérmenes y las capas periféricas, seleccionando para harinas panificables, los peores componentes del trigo. El pan resulta así un mal alimento, procedente de un alimento ideal: el trigo, que contiene las sales minerales de que precisamos, y la celulosa estimulante de nuestro peristaltismo intestinal. P. Delbet, el paladín de las sales de magnesio, aconseja tomar en cada comida una cucharada de salvado. El pan integral, recomendado desde antiguo por los naturalistas, tiene así la confirmación científica.

Pero este alimento ideal, el pan negro, es de adquisición difícil (5). En las poblaciones no es fácil proporcionarse la harina completa de molino de muelas. Los panaderos lo hacen con desperdicios y barreduras, como burlándose de los que lo comen. Quien quiera ponerse a cubierto de este fraude alimenticio, habrá de fabricarse su propio pan, o recurrirá a comer trigo humedecido durante 48 horas, ya que el trigo, sin esta preparación, es indigestible, o a tomar papillas de harina integral.

La vida civilizada, que exige una actividad mental siempre despierta, produce un exceso de eliminación de sales de magnesio (por la orina) y por ello el déficit alimenticio se hace cada vez más patente.

En casos de desmineralización, o durante el crecimiento, en niños insuficientemente nutridos, se aconseja el cocimiento de cereales diversos; se prepara así: a tres litros de agua se echa una cucharada de cada uno de los cereales siguientes: trigo, cebada, avena, centeno, maíz, arroz. Se hierve hasta que el líquido quede reducido a la cuarta parte. Este líquido, azucarado con miel, se debe beber a pasto.

Como la cocción disuelve las sales de las verduras y legumbres, es útil aprovechar el caldo de las mismas.

**COMIDAS PRINCIPALES.** — Dada la costumbre adquirida y su racionalidad, pueden conservarse las tres comidas: desayuno, comida y cena. El primero debe ser ligero, pues viene a interrumpir el reposo nocturno del estómago. La fruta fresca es el desayuno higiénico por excelencia. El laxante ideal. La comida del mediodía debe ser la más copiosa, la principal del día; coincide con la máxima actividad del organismo. La cena, cuya digestión debe estar casi terminada antes de acostarse, si se quiere dormir bien, debe ser en cantidad intermedia entre el desayuno y la comida. Alimentos más digestibles. Postre de fruta.

**LA SAL DE COCINA.** — Es un condimento necesario para excitar la rapidez de los alimentos que alteramos sometiendo a la cocción, que, como hemos visto, disuelve las sales naturales. Pero no se necesita como alimento, ya que en su totalidad es eliminado, la mayor parte por la orina, y el resto por el sudor, la saliva y otras secreciones. El sodio indispensable a nuestros tejidos es aportado por los alimentos en forma asimilable. El animal no asimila los minerales, sino a condición de que antes hayan sido preparados por el vegetal.

**EL VINO.** — Tampoco el vino es un alimento. Es un excitante de la secreción gástrica que se emplea para provocarla en la extracción experimental con el sondaje gástrico. Es, además, un veneno del hígado que, a pequeñas dosis, se emplea como medicamento estimulante del mismo. Produce muchos más estragos que beneficios. Hoy, negando su acción perjudicial a dosis come-

didas, se ha llegado a fijar esta dosis en 5 cc. por kilo de peso y día, lo que representa solamente un cuartillo escaso al cabo del día. Pase que lo necesiten los comilones y débiles de estómago. Pero es un agente de degeneración racial y de herencia morbosa. Conformes en que su uso moderado no puede producir ninguna enfermedad. Lo mismo se puede decir de la morfina, del éter o de cualquier otro tóxico. El mal está en el abuso, y éste comienza muy pronto, a veces donde no se piensa. Todo esto, y quintuplicado, lo decimos del alcohol, sobre todo si no procede del vino. Lo malo de éste, como de otros vicios, es su habituación, que se convierte muy pronto en esclavitud degradante para la personalidad humana. Bebido fuera de las comidas es mucho más perjudicial. Al obrero se le recomienda, no como alimento, sino como estupefaciente, como agente para embrutecerlo y habituarle a su condición de siervo.

Como he dicho en otras ocasiones, la energía que proporciona el alcohol es la misma que transmite el palo a la caballería cansina. Le hace andar más de prisa, pero sólo un momento, para volver en seguida a su paso tardo y remolón.

**EL AGUA.** — Es la bebida natural. Una alimentación bien elegida, en la que predominen verduras, frutas, y falte la sal y los alimentos concentrados, no necesita ser acompañada del vaso de agua. El agua, durante las comidas, como el pan, deben emplearse para corregir la sequedad o fluidez del alimento y lograr la consistencia media de que hemos hablado. Bebida el agua fuera de las comidas, sólo permanece unos diez minutos en el estómago. Pero tomada con los alimentos, no hace más que aumentar el volumen, pues permanece mientras dura la digestión. Después de las comidas, y mientras dura el trabajo digestivo, el agua que se beba debe ser caliente, en forma de infusiones (malta, manzanilla, etc.)

**ANAFILAXIA.** — Es un fenómeno contrario a la habituación. El que ha estado habituado a un veneno, pasado un cierto tiempo sin tomarlo, se hace extremadamente sensible a él. Tanto, que bastan pequeñas cantidades del mismo para producir serios trastornos, que tienen su mayor intensidad en la piel (urticaria). Ciertas albúminas alimenticias son por su constitución o por trastornos digestivos, inasimilables y dan origen a una alteración humoral, con síntomas parecidos. Ciertos alimentos son más propicios a producirlas, pero ante todo se precisa la predisposición del sujeto, fácil por lo demás de hacer desaparecer. Por otra parte, no merece ser mirado este fenómeno con el pánico que lo mira la medicina.

**AYUNO.** — De todos los recursos con que cuenta la medicina para influir sobre nuestro organismo, no hay ninguno de trascendencia mayor que el ayuno. La naturaleza lo impone en todas las enfermedades febriles. Aunque más torpe que ella, nos empeñamos nosotros en contrariarlo. Mantiene en reposo el aparato digestivo, permite quemar los productos de desecho acumulados en el organismo, estimula la fagocitosis (digestión celular que permite a los glóbulos blancos de la sangre defenderse de los microbios) y obliga a un recambio de materiales, por lo que produce una suerte de rejuvenecimiento. Por lo menos debe durar un par de días, o uno solo, si se practica periódicamente. La primavera es la época más propicia para estas curas de ayuno. Durante el ayuno no conviene tomar más que agua con zumo de frutas o caldos vegetales.



## ACTIVIDAD MOTORA

**EJERCICIO.** — Es una necesidad orgánica, tanto para gastar energías asimiladas con exceso para mantener en equilibrio la economía, como para conservar el desarrollo del sistema muscular. En el niño es el juego la tendencia espontánea e instintiva. Además del gasto de energías, tiende al desarrollo muscular y a la buena disposición del organismo. Durante la juventud es el deporte el que canaliza esta tendencia. El deporte equivale a gastar pólvora en salvas. Lo racional es buscar al ejercicio una utilidad social y conseguir una buena disposición utilitaria del individuo. Cuanto encierra una utilidad social recibe el nombre de trabajo. El capitalismo ha aceptado la concepción cristiana de la maldición bíblica y ha echado sobre una clase todo el peso de la misma. Así el trabajo ha llegado a ser una cosa odiosa por lo injusta, por las condiciones antihigiénicas en que se realiza y el menosprecio en que tiene el desarrollo armónico y la salud del obrero. El especulismo y aun más el racionalismo está en pugna abierta con la higiene, por convertir en simple mecanismo de un conjunto a los trabajadores. De cosa agradable, de sano entretenimiento y de necesidad que se cumple alegremente, el trabajo se ha convertido en un yugo antipático, repugnante y odioso.

El trabajo, para ser higiénico, ha de ser agradable, cumplido voluntariamente como un deber de apoyo mutuo, armónico, exigiendo el juego de todos los músculos, variado para contrarrestar el sedentarismo de muchas profesiones, y libre en la iniciativa y en la disposición. Al aire libre o en locales bien ventilados, iluminados y soleados. Ninguna de estas condiciones reúne el trabajo industrial. El progreso de manos de la higiene conduciría al artesanismo. A un tipo humano bien equilibrado corporalmente y capaz del trabajo manual y corporal que alternaría con el trabajo mental y la especulación científica.

El defecto opuesto al trabajo es el **sedentarismo**. Se da en individuos inactivos por privilegio económico y en profesiones compatibles con un reposo exagerado. Es tan perjudicial para la salud como el exceso de trabajo. Produce enfermedades y deformaciones corporales como la ventripotencia. El sedentarismo se da preferentemente en los nutridos con exceso, dada la posición económica de quienes viven sin trabajar, y entonces es cuando adquiere sus mayores extremos lindantes con lo patológico. Individuos que comen mucho y gastan poco tienen por fuerza que ser obesos. Así se constituyen las enfermedades de nutrición.

La sedentariadad conduce además a la atrofia muscular, sobre todo a la de los músculos abdominales, origen de vientres caídos, de vísceras caídas y del estreñimiento. La capacidad vital está también disminuida en los sedentarios.

**GIMNASIA.** — Como compensación a esta inactividad corporal, que deja insatisfecha una necesidad orgánica, se han preconizado distintos métodos de gimnasia. Tienen a reparar los defectos de desarrollo o de nutrición del sedentarismo. La gimnasia abdominal y la respiratoria son las más necesarias con este fin.

Existe además una gimnasia curativa y una gimnasia educativa; esta última, en España, está concebida con una mentalidad guerrera y tiende a hacer de los niños pequeños soldados. Hebert, en Francia, ha defendido

y propagado una gimnasia natural que tendría por finalidad disponer al individuo para los ejercicios y actividades que exige la vida. Esta gimnasia utilitaria consta de los ejercicios siguientes: andar, correr, saltar (longitud y altura), trepar, nadar, lanzamiento de peso y porte de carga. Como se ve, todos ellos pueden tener una utilidad en la vida.

La gimnasia más espontánea y natural es la preconizada por Durville. Es la que practican todos los animales al desparezarse. Gimnasia instintiva, que pone en tensión todos los músculos del cuerpo. Puede practicarse en la cama. Continuarse al levantar de la cama, repitiendo varias veces los estiramientos. Los niños la practican de mejor gana que cualquier otra forzada y artificial. Es la más eficaz en el desarrollo muscular.

**REPOSO.** — Es el complemento obligado del ejercicio. Puede seguir a él, en posición echada, o coincidir con el obligado reposo nocturno durante el sueño. Del cansancio del trabajo mental, se descansa con el trabajo corporal, y hasta cambiando de clase de trabajo. El trabajo mental no supone apenas gasto de energías.

Para dormir debe buscarse una habitación ventilada. Mejor sería al aire libre. Próxima al campo y al abrigo de ruidos molestos. La cama no debe ser excesivamente muelle. El abrigo proporcionado a la estación, pero nunca excesivo.

Procúrese ir a la cama con la digestión avanzada o terminada. El reposo debe alcanzar a todos los órganos. La tranquilidad mental es el mejor hipnótico. Siete horas de sueño son suficientes. La adaptación al ritmo de la naturaleza la tienen todos los animales menos el hombre. Todos despiertan al salir el sol (excepto los nocturnos que están adaptados al revés). Acostumbrarse a vencer la pereza, saltando de la cama apenas se despierta, es un excelente ejercicio de voluntad y de auto-dominio.

**APARATO CIRCULATORIO.** — La sangre, alimento de nuestros tejidos, está impulsada por las contracciones incesantes y rítmicas del corazón. Es un músculo que no necesita descanso. Su fuerza de reserva, es decir, la capacidad para dar en un momento dado un sobre-esfuerzo (fatiga, ejercicio violento, enfermedades febriles, etc.), depende de condiciones congénitas y constitucionales, pero en gran medida es producto del entrenamiento. Siendo muchas las contingencias de la vida que han de exigir del corazón este sobre-esfuerzo, la higiene debe procurar el desarrollo de la fuerza de reserva del corazón. El mejor entrenamiento lo proporciona el ejercicio (carrera, ascensión de montes, gimnasia).

La circulación venosa es activada en los miembros por las contracciones de los músculos. Las varices o dilataciones venosas, frecuentes en los miembros inferiores, son favorecidas por la quietud prolongada en actitud vertical. La marcha, en cambio, las mejora.

El ejercicio, incesante en el niño, debe continuar muy activo en el joven, moderarse en el adulto y limitarse prudentemente en los viejos. Es una necesidad del organismo, a la que no podemos sustraernos sin resentir alteraciones o quebrantos de salud.

## REPRODUCCION

En la educación de estas funciones es en las que más abandonado se encuentra el individuo, y cuando llega



# Por los caminos del mundo

## DE ITUCURUBI AL PARANA-GUAZU

## I



ITUCURUBI es un poblado del norte paraguayo que significa «pedrecita» en guaraní, idioma usual en todo el Paraguay aunque el oficial sea el castellano y, sin embargo, difícil será el encontrar allí el más leve guijarro a causa de su suelo arenoso y bermejo. Desde él emprendo el camino hacia el río, descalzo como todos los lugareños y con un buen sombrero pajizo para preservar la cabeza de los mortíferos rayos solares. En el zurrón buena provisión de mandioca, choelo (maíz comestible) y chipa (especie de panecillo hecho con mandioca, huevo y banana). Hasta el gran río Paraguay es casi imposible el encontrar agua potable, si no es de aljibe o de alguna rara cachimba (manantial) de líquido grisáceo que, a la vez sirve de abrevadero para los caballos.

Me adentro cortando campo por los esteros (llanuras) y los montes (bosques de la gran planicie septentrional paraguaya. El espectáculo es, bioestéticamente, de los más hermosos que he visto en mi vida. La soledad es casi total. El Paraguay es el país más despoblado de Sudamérica. Por los esteros inmensas confederaciones de hormigueros que, harían a no dudar las delicias de los mirmecólogos urbanos. También los conos rojizos y deformes, gigantes por su tamaño, de los termes, se elevan hacia el cielo. Entre ellos pace y rumia el ganado vacuno en cantidades que asombran: los pobres animales tienen entre cue-

ro y carne unos bultos como puños de gusanos que los devoran. De cuando en cuando una mondana osamenta indica que allí naufragó uno de ellos, cual bajel abandonado que un islote se encalla. Los ceibus también abundan. En los matorrales vacías y multicolores fundas de los grandes e inofensivos ofidios. Sólo hay una víbora diminuta que es peligrosa así como la araña «ñandú-caballú», cuyo salto es mortífero.

Los montes están repletos de pequeños y sociables macacos (monos) y toda una gran variedad de pájaros desde los papagayos al colibrí. Sus grandes árboles ornamentales con sus flores de los más variados colores hacen de ellos un vasto jardín agreste que maravilla al viajero.

Cuando el sol asciende y hallase en las proximidades del cenit, toda la vida natural se silencia. Son las horas inevitable de la siesta para los humanos y de la somnolencia para todos los animales. Duerme la selva entera entregada en los brazos de Morfeo. En la orilla de un monte, me entregó, pues, al sueño.

## II

Cuando Helios declina toda la vida renace. Emprendo el camino y en la lejanía diviso un rancho. Allí haré provisión de agua, el tesoro de la selva. Ya en él observo a niños desnudos y barrigudos, doncellas de estelar cabellera y turgentes senos, ancianas con el busto vencido, etc. Cuscos (perros), chanchos (cerdos), gallináceos, macacos domesticados, etc., viven también bajo el mismo miserable techo. Estos mestizos desconocen o no practican

entusiasmo pueden equivaler a una derivación del deseo sexual. La ociosidad, corporal y mental, es la peor consejera, la aliada del vicio. Esta continencia ha de ser espontánea o aceptada libremente para ser eficaz. De ser impuesta, tiene todas las probabilidades de resultar contraproducente. Cuando la libido demanda ser satisfecha imperativamente, toda resistencia es más nociva que beneficiosa. A menos que se trate de individualidades de un autodomínio relevante, cosa rara entre los jóvenes. La sublimación de estas tendencias, canalizando en derroteros artísticos o en empresas ideales, el impulso libidinoso exige un cierto grado de evolución mental que no puede ser exigido a jóvenes, casi siempre atolondrados e inexpertos. Ante lo imperativo del deseo no cabe más que su satisfacción inmediata. La prostitución, con ser una aberración, es preferible a la masturbación. De aquélla se abusa menos que de ésta, y los abusos son menos perjudiciales para la función genital.

Dr. Isaac PUENTE  
(Continuará.)

(5) Castro. La cuestión del pan integral.

a adquirir una norma de conducta suele ser ya tarde, tanto para enmendar los yerros cometidos como para poder beneficiar a su descendencia. Son muchos los que hasta después de ser padres no echan de menos las ventajas de una educación o dirección oportuna. En esta materia, cada individuo ha de conquistar su propio saber, ya que casi siempre se le escamotean estos conocimientos, sobre los que aún hace aspavientos la mojigatería.

A causa de este abandono del niño a sus propias experiencias o al contagio moral de otros compañeros, la masturbación es la primera experiencia juvenil que llega a tener lugar en edad excesivamente temprana. El prostíbulo es la segunda experiencia torpe. La primera tiende a falsear el acto (eyaculaciones prematuras, espermatorea, etc.); la segunda a falsear las ideas de amor. De las dos pueden quedar heridas para toda la vida. Los trastornos genitales que pueden causar una incapacidad relativa para el coito y las enfermedades venéreas.

Al joven conviene la continencia, y el mejor medio de procurarla es por una vida y alimentación sanas, por ejercicio al aire libre. Los deportes seguidos con



des movimientos de masas. Hay tiempos en que no se puede menos que fundar organizaciones secretas para los trabajadores. Cuando una reacción brutal, feroz, obstaculiza el desarrollo de toda actividad pública y amenaza sofocar con las leyes de excepción o con ayuda de medios dictatoriales toda palabra libre, entonces no queda más remedio que resistir a la violencia y refugiarse en las asociaciones conspirativas. Pero no hay que olvidar nunca que esa forma del movimiento no es normal y que es impuesta por las circunstancias externas. En ese caso el movimiento tiene que dirigir su atención a modificar esas circunstancias en la primera ocasión para poder volver a adoptar el carácter natural. Todos los movimientos realmente sociales de amplios fines necesitan la más vasta publicidad para abarcar las masas e influenciarlas en su sentido, lo que un movimiento secreto no consigue nunca. Ya desde ese punto de vista se nos aparecen bajo otra luz los derechos y libertades políticas, en el curso de las décadas, en los diversos países.

Todos los derechos políticos que disfrutamos hoy en una medida más o menos limitada no tienen que agradecerlos los pueblos a la buena voluntad o al favor de sus Gobiernos. Al contrario, los Gobiernos han empleada todos los medios a su disposición para obstaculizar la otorgación de tales derechos o para hacerlos ilusorios. Han sido necesarios grandes movimientos colectivos, incluso revoluciones, para arrancar a las autoridades y a las clases imperantes esos derechos, que no habrían sido concedidos nunca voluntariamente. Fueron necesarios enormes sacrificios para conquistar esos derechos que se nos aparecen hoy como algo natural.

Estúdiese la historia de los últimos ciento cincuenta años para comprender las formidables luchas que tuvieron lugar a fin de arrancar a las garras del despotismo cada pulgada de un cierto derecho. ¡Cuántos torrentes de sangre tuvieron que derramarse; cuántos sacrificios fueron exigidos; cuántas persecuciones hubo en todos los países en el curso de largas décadas para hacer posible una expresión más o menos libre de la opinión por la palabra o el escrito! Léase la historia de la censura, esa odiosa institución que contuvo tanto tiempo la evolución espiritual de Europa y que parcialmente la contiene aún. ¡Qué monstruosos sacrificios y sublevaciones fueron necesarios para socavar paulatinamente el terreno a aquel monstruo mediante asaltos ininterrumpidos!

¡Y qué luchas heroicas y penosas tuvieron que soportar casi en todos los países los trabajadores para obtener el derecho de asociación, la libertad de organizarse con sus iguales para oponer un frente sólido al capitalismo! Nosotros hacemos hoy uso de esos derechos, pero son pocos los que saben lo mucho que costaron a la clase obrera. Si fuéramos capaces de presentar brevemente una exposición de todos los sacrificios en bienes, en sangre, en vidas, en libertad que tuvieron que ofrecer los trabajadores en los distintos países para la conquista de esos derechos tendríamos un cuadro de que ahora no podemos darnos una pálida idea.

mucho más asegurada y que en consecuencia sólo hay que constatar un empeoramiento de la situación proletaria. Si se desean, hacer efectivamente comparaciones y determinar si tuvo lugar una elevación o un descenso de la situación general, sólo es posible cuando se limitan las comparaciones a un determinado período social, sin confundir cosas en cuya aparición cooperan condiciones previas totalmente diversas. De ese modo se puede formar uno un juicio sobre los resultados de las continuas luchas del moderno proletariado industrial si los comparamos en los cuadros del sistema capitalista, pues toda otra comparación tiene que conducir a inevitables sofismas.

Y léase ahora de nuevo las trágicas descripciones sobre la vida general del proletariado en el período inicial del capitalismo según los informes de los inspectores ingleses de fábricas, que supo valorizar tan felizmente Marx en «El Capital». O tómense libros como el de Buret, «De la misère des classes laborieuses en Angleterre et en France», a quien tanto tiene que agradecer Friedrich Engels para la redacción de su primera obra «Die Lage der arbeitenden Klassen in England», y se comprenderá justamente la espantosa miseria de la población proletaria de aquel tiempo. Cuando el inglés Arthur Young declaró en la conocida descripción de sus viajes por Francia antes del estallido de la gran revolución, que vastas capas de la población agraria francesa no podían compararse más que con animales, pues, a consecuencia de la enorme miseria, habían perdido todo rasgo humano, esa calificación apenas sería exagerada con respecto a las grandes masas del proletariado industrial en los períodos iniciales del movimiento del capitalismo.

La enorme mayoría de los obreros habitaba en agujeros miserables y pasaba catorce o quince horas en el presidio de la industria, donde no se preservaba la vida y la salud de los explotados por instalación higiénica alguna. Y eso por un salario que no bastaba para satisfacer las necesidades más primitivas de la vida. Cuando los trabajadores de aquellos tiempos, al fin de la semana, podían reunir bastante para comprar el reino celestial por unas horas, mediante una borrachera de aguardiente, habían obtenido lo más que se podía obtener. Y léase ahora lo que los autores coetáneos han sabido informarnos sobre la perversión moral y el abismo espiritual en que estaban aquellos desgraciados. Se ponen los cabellos de punta cuando se leen esas descripciones, que hoy parecen casi increíbles. Y esa terrible explotación del trabajo humano no se limitaba sólo a los hombres y a las mujeres del proletariado, se extendía también a los niños y favorecería su mortalidad hasta un grado tal, que Carlyle y otros pudieron hablar con derecho de una espantosa repetición en mayor escala de la matanza betlemita de niños.

Y la situación era la misma en todas partes donde el capitalismo se había elevado a sistema. Pasaron décadas antes de que los obreros fueran capaces, con ayuda de sus organizaciones económicas, de conseguir un mejoramiento paulatino de su situación. El más mínimo mejoramiento tuvo que ser arrancado al capitalismo en con-



tinuas luchas. Ninguna ley, ningún Gobierno acudió en ayuda de los proletarios; éstos tuvieron que conquistarse por sí mismos cada pulgada de terreno de sus derechos, imponiéndose enormes sacrificios. Incluso allí donde Asambleas legislativas o los órganos gubernativos, se vieron forzados por la presión de afuera a dar la sanción legal a ciertos mejoramientos, los trabajadores no pudieron disfrutar tranquilamente esas conquistas, pues en la primera ocasión, el capitalismo, sediento de explotación, les volvía a disputar esas mejoras, aunque el Gobierno les había impreso ya el sello de la ley.

Ciertamente, el obrero está hoy aún sometido a todas las crisis y cambios del sistema capitalista, y la miseria social es todavía uno de los fenómenos característicos de la sociedad actual. Y lo será mientras el maldito sistema de la explotación del hombre por el hombre pueda sostener su existencia. Pero, sin embargo, sería falso querer afirmar que la situación de los trabajadores es todavía la misma que la de sus predecesores del período inicial del capitalismo. Únicamente una sofística absurda podría tratar de justificar semejante afirmación.

Si, hay una diferencia entre trabajar ocho o nueve horas por día en lugar de trece o catorce. Si, hay una diferencia entre ganar para satisfacer sólo las necesidades más urgentes de mi existencia material y ganar algo más, para hacer posible una cierta instrucción de mi ser moral y espiritual. El obrero de hoy no sólo presenta demandas materiales mayores, que implican condiciones de vida superiores; tiene, además, una gran cantidad de necesidades absolutamente desconocidas de sus antecesores. En vastos círculos obreros se sabe apreciar hoy el valor y la posesión de un buen libro. Se siente la necesidad de visitar, de tanto en tanto, un teatro o un concierto y de disfrutar otras conquistas culturales. Esas necesidades se han incorporado ya a la existencia de millones de proletarios y exigen categóricamente una satisfacción. Por consiguiente, es lógico que el obrero se asocie con sus iguales para crearse la posibilidad material de esas satisfacciones. Esa continua lucha por la satisfacción de demandas a la vida cada vez más elevadas, constituye uno de los aspectos más importantes del moderno movimiento obrero. Si no fuese así, todo el movimiento, las innumerables luchas de los trabajadores contra el capitalismo y en pro del mejoramiento de su situación, no habrían tenido objeto alguno. Sólo un loco, un hombre extraño completamente a la vida real, podría atreverse a sostener eso.

Y aquí llegamos a la significación cultural general de las organizaciones obreras y de sus luchas continuas contra los sostenes del orden social capitalista. La agrupación económica de los productores no es para los proletarios únicamente un arma que les permite la conquista de mejores condiciones materiales de vida; es simultáneamente una escuela práctica y un lugar educativo donde se expenden de la manera más pródiga la enseñanza y la instrucción. Las experiencias y acontecimientos prácticos de las luchas cotidianas hallan su conden-

derechos y libertades políticos en la sociedad actual ningún valor, porque están fijados en una Constitución. Chocan con la forma legal, sin tomarse la molestia de imaginar las fuerzas que actuaron para llegar a obtener la consignación de ciertos derechos y libertades en la Constitución.

En realidad esa conformación mental no es nueva. Entre los revolucionarios rusos estuvo bastante difundida y no raramente condujo a las extrarías interpretaciones. Por ejemplo, una parte de nuestros compañeros anarquistas de Rusia adoptó en 1905 en una conferencia especial la resolución siguiente: en caso de que Rusia, a consecuencia de la revolución se transformase en un Estado constitucional, los anarquistas no harían uso alguno, bajo ninguna circunstancia, de los derechos y libertades legalmente garantizados a fin de preservar con esa actitud a los trabajadores de falsas esperanzas. Se resolvió, por tanto, que la propaganda, en lo sucesivo y en todas las circunstancias, debía conservar su carácter clandestino y que los periódicos anarquistas, como antes, se publicarían subterráneamente. Sería absurdo tomar demasiado trágicamente esas resoluciones y estamos convencidos que si la revolución de 1905 hubiera triunfado y Rusia se hubiera convertido en efecto en un Estado constitucional, aun aquellos anarquistas que aprobaron dicha resolución la habrían vuelto a reconsiderar. Pero tales cosas merecen algo de atención; pues nos muestran lo terriblemente que puede ser desfigurada la mejor y más hermosa de las ideas y a qué disparatadas conclusiones se tiene que llegar cuando no se presta atención alguna al desenvolvimiento de ciertas instituciones de la sociedad. Por lo demás, es significativo que un gran número de aquellos «supernadicales» se hayan adherido más tarde al bolchevismo y sean hoy miembros más o menos influyentes del partido comunista en Rusia.

Después se desarrolló entre los revolucionarios rusos la tendencia llamada de los «Machajewzes», cuyos partidarios no sólo denominan charlatanismo religioso todo ideal de sociedad socialista, confundiendo socialdemócratas, anarquistas y sindicalistas, sino que defendían el punto de vista que había que rechazar toda propaganda públicamente realizada y toda actividad revolucionaria de los trabajadores, porque no llevaban más que a un derroche infructuoso de esfuerzos. Paratiendo de esa convicción hablaban a los trabajadores de una gran conspiración internacional que se ocuparía, no de problemas del futuro, sino exclusivamente de exigencias cotidianas inmediatas. Y con ese fin los trabajadores debían emplear todos los medios del terror económico para hacer valer sus demandas prácticas.

Se puede comprender la aparición de tales tendencias en Rusia. En un país que no disfrutó de libertad política de ninguna especie, son explicable tales interpretaciones. Pero es lamentable, en efecto, que no reine fuera de Rusia todavía completa claridad sobre esas cosas.

Se puede pensar sobre las conspiraciones y los movimientos clandestinos lo que se quiera; lo cierto es que no podrán ser nunca gran-



para toda especie de propaganda que tenga por fin su liberación social.

Pregúntese a nuestros camaradas sindicalistas y anarquistas de Italia y de España; pregúntese al proletariado organizado de esos países si en efecto les es indiferente la dictadura de un Mussolini o de un Primo de Rivera. Sólo el que no tiene la más pálida noción de las monstruosas persecuciones a que están sometidos nuestros camaradas de aquellos países, pero especialmente en España, durante los últimos años, podría sostener algo semejante. En España se encuentra el proletariado de tendencias libertarias, desde 1920, en una lucha terrible e inexorable contra los poderes reaccionarios del Estado y del capitalismo; lucha que periódicamente asumió la forma de una *rendetta* efectiva y en la cual cayeron centenares de los nuestros. Si a pesar de eso podemos percibir hoy en España un apaciguamiento de la reacción, no es seguramente exagerado atribuirlo en gran parte a la lucha heroica de nuestros hermanos españoles que no perdieron nunca el valor ni bajo las más severas persecuciones.

Tampoco nosotros, revolucionarios y socialistas libertarios, vivimos en la luna, sino en una sociedad que combatimos, pero a cuyas influencias políticas, económicas y sociales no podemos sustraernos por ahora. Por tanto, no nos es posible ignorar cosas que nos afectan sin cesar y que, aunque no quisiéramos tener nada que ver con ellas, ellas tienen que ver con nosotros, nos sea o no agradable.

Cuando, por consiguiente, se dice que las diversas formas de poder estatista no podrían cambiar nada en la esencia y en la existencia del Estado mismo, y que por tanto el problema de quién debe gobernarlos juega un papel secundario, se está en la misma situación del que defiende el punto de vista que para los obreros es absolutamente lo mismo trabajar ocho o doce horas y ganar lo suficiente para cubrir las exigencias de su vida o no, pues con tales pequeñeces no se modifica en nada la existencia de la sociedad capitalista. Hemos señalado ya en la primera parte de este trabajo que esa concepción de las cosas cojea gravemente y tiene que conducir a las más disparatadas conclusiones.

No; lo mismo que el problema de su situación económica no puede ser indiferente para los trabajadores, tampoco les es indiferente la forma de la estructura política de su país. Tanto para sus necesidades inmediatas como para su liberación definitiva de la esclavitud económica, política y social, necesitan los trabajadores las mayores libertades políticas imaginables que deben conquistar donde se les niegan y que deben defender con toda energía donde la reacción se dispone a arrancárselas. No se pueden ignorar tales cosas, que están íntimamente ligadas a la próspera evolución del movimiento obrero, o liquidarlas con un par de palabras vacías de sentido.

Como en otros tantos casos, se parte en la apreciación de este problema de suposiciones totalmente erróneas y no hay que maravillarse si llega uno en último resultado a conclusiones tan funestas y absurdas. La mayoría de nuestros superradicales no atribuyen a los

sación espiritual en la organización de los trabajadores, profundiza su conocimiento intrínseco y amplían sus perspectivas intelectuales.

Mediante la constante elaboración mental de las experiencias hechas se desarrollan en los individuos nuevas necesidades y nuevos estímulos en los dominios más diversos de la vida espiritual. De ese modo despiertan en millones de trabajadores deseos de naturaleza superior, para los cuales no tuvieron la menor comprensión los proletarios de los períodos pasados. Y en esa evolución de las cosas está una de las mayores conquistas de las luchas proletarias contra la clase de los capitalistas. Pero también esa conquista, que no será nunca bastante apreciada, tienen que agradecerla los trabajadores a su propia iniciativa y a la agrupación orgánica con sus iguales. Por la iniciativa de las clases y de las castas poseedoras no habrían experimentado nunca el enriquecimiento del contenido espiritual de su vida.

Y no se arguya que con la rica cultura intelectual de la época capitalista era inevitable que una parte de esos valores culturales llegase también a los trabajadores, independientemente de la existencia y del influjo inspirador de las organizaciones obreras. En realidad, se han presentado tales afirmaciones. Pero todo período tuvo en último resultado su peculiar cultura intelectual, con lo cual no se ha probado que la mera existencia de esa cultura implique el que puedan disfrutarla hasta un cierto grado las capas inferiores de la sociedad. ¿Quién podría sostener, por ejemplo, que la cultura artística del período del rococó ha tenido algo que ver con las capas inferiores de la población, en este caso las vastas masas de los campesinos de la gleba?

Una cierta cultura intelectual y la necesidad de disfrutes culturales de la vida no es posible más que cuando en un pueblo, o, mejor dicho, en una clase social, se ha conquistado una determinada situación material que hace posible la situación de necesidades espirituales y culturales. Sin esa condición previa, está excluida toda ocupación espiritual de naturaleza superior. Los hombres que se ven amenazados sin cesar de caer en la más profunda miseria y que no pueden disponer jamás de recursos para satisfacer a medias las demandas más urgentes de la vida material, por lo común no tienen interés alguno en los valores culturales de cualidad intelectual. Por consiguiente, no puede hablarse de tales necesidades por lo que concierne a los proletarios de los comienzos del capitalismo; esas necesidades no pudieron desarrollarse más que cuando los trabajadores arrancaron a los capitalistas en el curso de las décadas una elevación de su situación material. Con eso quedó establecida la condición previa sobre cuya base se hizo posible un desenvolvimiento de las necesidades espirituales y culturales de la clase obrera.

El capitalismo no ha fomentado esas aspiraciones intelectuales de los trabajadores. Al contrario, las persiguió siempre con ojos de envidia y desconfianza, y no desperdició ningún medio para obstaculizarlas. Hasta hoy el capitalista no dejó pasar ninguna ocasión pro-



picia que le diese la posibilidad de rebajar a un nivel más bajo la situación de los trabajadores, y no se atende a ningún escríptulo sobre si esa defensa brutal de los intereses del capitalismo obstaculiza o excluye por completo las aspiraciones instructivas de los trabajadores. Para los capitalistas, como clase, es siempre actual la frase del ministro español Juan Bravo Murillo: «No necesitamos en España gente capaz de pensar; lo que necesitamos son bestias de carga.»

Es, pues, indiscutible que los trabajadores se han conquistado en constante lucha contra el capitalismo mejores condiciones de vida, que no sólo se limitaron a una elevación de su situación puramente material, sino que han fomentado y desarrollado esencialmente también sus necesidades de valores morales y culturales. Se podría objetar, es verdad, que esas conquistas mínimas son completamente insignificantes y sin importancia en comparación con el objeto socialista del movimiento revolucionario. Realmente hay un número de llamados «radicales», que, partiendo de tal punto de vista, rechazan por fallo de perspectivas y «reformista» todo ensayo de mejorar la situación proletaria dentro de la sociedad actual, y sólo hablan de una lucha «por el todo», que necesariamente tiene que quedar siempre en vanas palabras.

Cuando se consideran cosas puramente abstractas y se menosprecia la realidad por completo, parece ciertamente que todas las luchas de los trabajadores por mejoramientos prácticos son inútiles. En realidad, ¿qué valor tienen todos esos mejoramientos que arrancaron los obreros a los capitalistas en continuas y tenaces luchas de muchas décadas si se comparan con el ideal de un porvenir socialistas? Pero tal consideración puramente abstracta de las cosas ha producido ya muchos daños. Se pierden así demasiado de vista las duras realidades de la vida y se sustituye la firme voluntad de obtener mejoras por los piadosos deseos y las fantasmagorías sofisticadas, tras todo lo cual no hay ningún principio claro. Empequeñézcanse lo que se quiera desde las alturas del *principio puro* las conquistas prácticas de las luchas proletarias y menosprécienlas como inútiles; para los proletarios, sin embargo, significan muchísimo.

Pregúntese a un proletario, al hombre que tiene que extenuarse en una dura labor cotidiana en el taller, en la mina, en el campo o en los altos hornos para ganar los míseros medios con que mantener la vida; pregúntesele lo que han significado esas pequeñísimas mejoras para él y para su familia. Inténtese hacerle ver que, en el fondo, no significa nada el que suelde ocho o doce horas, pues en uno y otro caso permanece esclavo de salario.

O explíquese a la mujer del pueblo, que tiene que atender con el salario que su compañero trae a casa al fin de la semana las necesidades de la familia; explíquese que en sí y por sí nada importa que el salario alcance para comprar únicamente pan y patatas, como

nada en ese hecho, pues el Estado no ha sido nunca otra cosa ni puede ser más que el aparato del poder de las clases poseedoras, el defensor de los monopolios económicos y de las divisiones de clase dentro de la sociedad. Haga flamear la insignia monárquica o la bandera de la República, no podrá nunca ser infiel a su misión, pues esa misión está basada en lo más profundo de su naturaleza.

Somos, por tanto, de opinión, que junto con el sistema de la dominación, y que todo intento en dirección al socialismo está inevitablemente condenado al fracaso cuando sus iniciadores conserva el aparato político de la dominación en funciones. El experimento de los bolchevistas en Rusia nos ha dado bajo ese concepto una lección que debiera convencer a los más ciegos, si no tienen de antemano la intención de no convencerse o rechazan toda enseñanza por motivos partidistas u otros.

Todo nuevo orden económico exige categóricamente una nueva forma de la organización política dentro de la cual poder actuar y desarrollarse de una manera natural. Por esa razón una de las primeras tareas del socialismo y de los socialistas debe ser la sustitución del actual sistema de Estado por una nueva forma de organización política en donde el gobierno de los hombres sea suplantado por la administración de las cosas.

Partiendo de este punto de vista, no venimos en la conquista del Poder político una condición para la realización del socialismo — la concepción compartida hasta hoy por los partidos obreros de los diversos países —; toda nuestra atención está más bien dirigida a excluir de la vida social todo poder político y toda institución de dominación, que llevarían otra vez inevitablemente a nuevas formas de la explotación.

Pero no nos contentamos de ningún modo con el ideal del futuro de una sociedad anarquista; nuestras aspiraciones tienden ya hoy a limitar la esfera del Estado cuando se presenta una ocasión para ello y a poner diques a su influencia, según nuestras fuerzas, sobre las diversas ramas de la vida social. En esa táctica la que nos distingue en primera línea de los métodos de los llamados partidos obreros, cuyas aspiraciones tienden a ampliar el círculo de la acción del poder de Estado y a extender esa acción en la más vasta medida a la vida económica, con lo que se abre el camino a un período de capitalismo de Estado, que por su esencia entera no puede ser más que lo contrario de lo que aspira a ser realmente el socialismo.

Pero esa concepción no quiere decir de ninguna manera que las formas políticas existentes en un país no tienen para nosotros ninguna importancia o no tienen más que una importancia secundaria.

Precisamente nosotros debemos ser los últimos en querer desviar los trabajadores hacia la ilusión de que para ellos es indiferente esta o la otra forma de Gobierno y que no hay diferencia entre tener que vivir en un Estado regido por fascistas o zaristas y poder disfrutar de ciertos derechos y libertades políticas, que son de la mayor importancia, tanto para las luchas diarias contra el capitalismo como



gruñidos de satisfacción la belleza de su propio ombligo. No queremos perturbarles en esa ocupación favorita y esperamos que también ellos nos dejarán tranquilos en lo sucesivo.

Pero para el proletariado militante queda el viejo principio: «Sólo en la lucha encuentras tu derecho.» De la lucha por el pan cotidiano nace el sentimiento de la solidaridad, la conciencia de la dignidad humana. Únicamente sobre esos pilares se edificará el puente que hará pasar al proletariado del infierno de la miseria social y de la servidumbre industrial a la tierra de promisión del porvenir socialista.

La lucha por el pan cotidiano no sólo tiene lugar en el terreno económico, afecta también hondamente las esferas de la vida política y social, y sus formas externas son directamente condicionadas por el estado político contemporáneo de un pueblo. Tocamos aquí un dominio sobre el cual se han difundido aun los mismos sofismas que en el problema de la lucha económica por un mejoramiento de la situación de los trabajadores. Y es nuevamente el mismo «radicalismo» mal comprendido y desfigurado hasta la caricatura, el responsable de esos sofismas. También aquí nos volvemos a encontrar con aquel completo descubrimiento de los hechos dados, según el cual se confunden consistentemente cosas que no hay derecho a confundir en ninguna circunstancia, si no se quiere enturbiar la vista.

Porque representamos el punto de vista que la explotación del hombre por el hombre está ligada de la manera más íntima a la dominación del hombre por el hombre y que en consecuencia debe desaparecer, junto con el monopolio del poder, de la vida de la sociedad; algunos han deducido que las formas políticas particulares de un país no tienen interés alguno para el proletariado en sus luchas. ¿Por qué preocuparse de las formas del Estado cuando se está de acuerdo sobre su verdadera esencia y la misión que cumple? Tales aseveraciones se oyen con frecuencia. Cuando se está obligado a escuchar las opiniones expuestas por los «superradicales» en las asambleas públicas o en ciertos periódicos, se ponen los cabellos de punta y se pregunta uno con razón cómo es posible algo semejante. Por consiguiente, es oportuno ocuparnos algo más del asunto, tanto más cuanto que está estrechamente ligado a las cosas de que hemos tratado hasta aquí.

\* \* \*

En oposición a las diversas tendencias socialistas estatistas, desde la socialdemocracia hasta el bolchevismo y todo lo que está entre ambos, nosotros defendemos el punto de vista que el socialismo no puede ser decretado de arriba a abajo por una corporación legislativa cualquiera o por una dictadura gubernamental, sino que debe surgir orgánicamente del seno del pueblo, debiendo hacer oficio de partera la acción revolucionaria de las masas. Somos de opinión que todo el sistema estatista está ligado estrechísimamente a la forma de la explotación económica de las grandes masas por minorías privilegiadas, y que una forma política en lugar de otra no puede cambiar

hemos visto en el período de inflación en Alemania y, desgraciadamente, continuamos viéndolo todos los días, o que alcance también para la satisfacción de otras necesidades. Explíquesele que eso tendría que serle indiferente, pues, en último resultado, no se pone en peligro la existencia de la sociedad capitalista. Inténtese hacerle ver eso, y la sencilla mujer del pueblo dudará de vuestra sabiduría u os tomará por locos de atar.

Esos pequeños mejoramientos o empeoramientos en la situación pro-tería tienen una gran importancia para las familias obreras, y habría que ser ciego para no ver ese hecho. Pues el trabajador vive—incluso el trabajador socialista y el revolucionario más radical—en la sociedad actual, a cuyo mecanismo no puede sustraerse. Su trabajo diario constituye para él el contenido esencial de la vida, la base material de su existencia individual y social, base que determina todas las demás actividades. Por esa razón no puede pasar indiferentemente ante cosas que están ligadas de un modo íntimo a su existencia personal.

El que sólo sabe hablar a los trabajadores del gran objetivo final y además intenta persuadirles de que toda mejora dentro de la sociedad actual es inútil para ellos; más aún, que es imposible, no obstante su supuesto *radicalismo*, obra como el sacerdote que promete a los hambrientos el reino celestial para que atraviesen más fácilmente por el infierno de su existencia terrestre. ¿Qué otra cosa es la alabanza continua al más hermoso ideal cuando se olvidan las tareas próximas de la lucha cotidiana y se trata de inspirar a los trabajadores el convencimiento de que esa lucha no tiene valor alguno para ellos?

Si se quiere uno convencer de que hay una diferencia en la situación del proletariado, no es siquiera necesario tomar como ejemplo los obreros del período inicial del capitalismo. Basta examinar algo detenidamente las experiencias del proletariado alemán durante los últimos años y compararlas con su situación de antes de la guerra. Se podría llenar con ese material libros enteros, pero algunos ejemplos bastan para nuestro propósito.

Hace poco apareció un trabajo de Fritz Reuter que trata de las posibilidades de la exportación de la industria alemana de las máquinas. En esa obra se encuentran también algunos cuadros estadísticos de los salarios pagados durante los últimos años en la industria metalúrgica alemana e inglesa. En esos números secos está la tragedia sin ejemplo de la clase obrera alemana después de la guerra. Antes de la guerra el sueldo mínimo del metalúrgico alemán a 70 peniques aproximadamente por hora, mientras que el obrero inglés ganaba 83, es decir, alrededor de un 20 por 100 más del salario que su colega alemán.

El cuadro siguiente nos testimonia cuál fué esa proporción posteriormente:



FECHAS	ALEMANIA		INGLATERRA	
	Peniques por hora	Porcentaje salario antes de la guerra	Peniques por hora	Porcentaje salario antes de la guerra
1922				
30 enero ..	25	37	137	165
6 marzo ..	18'4	26	139	168
1 mayo ..	29'15	41'5	136	164
31 julio ...	17'73	25	148	166
23 octubre ..	11'2	16	133	160
20 noviembr.	9'5	13'55	136	164
4 diciembre	13'5	19'6	139	168
1923				
29 enero ..	8'22	11'7	141	170
5 marzo ..	25'4	36'5	134	170
14 mayo ..	14'4	20	131	161'5
4 junio ..	9'6	13'7	132	158
2 julio ...	22'86	32'7	134	159
24 septiemb.	52'63	75'2	135	161'5
1 octubre ..	35'7	51	134	163
5 noviembr.	52	74'3	131	161'5
31 diciemb.	48	68'5	131	158
1924				
14 enero ..	48	68'6	141	158

Mientras que el salario de un metalúrgico inglés antes de la guerra era aproximadamente un 20 por 100 superior al de su colega de Alemania, hoy gana casi tres veces más. Pero durante el período de inflación monetaria, llegó a menudo a ganar diez y quince veces más que el metalúrgico alemán. ¡Afírmese ahora que no hay ninguna diferencia esencial en la situación de los trabajadores!

En la industria del carbón, la diferencia no es tan formidable; sin embargo, es bastante alarmante. Según los últimos cálculos estadísticos, el sueldo mínimo del minero inglés en una jornada de siete horas es algo inferior a siete chelines diarios. Es más o menos el doble del salario que recibe el minero alemán. Idéntica es la proporción en muchas otras industrias. La situación general del obrero alemán, pues, ha empeorado indudablemente en una medida espantosa. Téngase además en cuenta que los precios de los artículos alimenticios más necesarios superan con mucho a los de antes de la guerra; pero los objetos de uso diario, como, por ejemplo, el vestido, zapatos, ropa interior, etc., se han vuelto casi inaccesibles; con eso el cuadro de la situación del obrero alemán se vuelve más desconsoladora. Adviértase aún que la renta popular está recargada con impuestos, tributos y derechos aduaneros en un 46 por 100 por cabeza de población, mientras que ese recargo en Francia es sólo de 22 por ciento, en Inglaterra de un 18 por ciento; pero las clases propietarias no menosprecian ningún medio para hacer recaer sobre las espaldas del pueblo laborioso esa carga; así se comprenderá justamente el calor de la clase obrera alemana desde la terminación de la guerra.

Hasta los tardíos defensores de la ley lassalleana del salario po-

su fuerza irresistible y su certidumbre interior en la victoria, tan sólo cuando son justificados por una gran idea que les da contenido y alma. Únicamente en ese sentido se pueden comprender y dignificar justamente la relación del movimiento obrero revolucionario con el socialismo. Pero si es así, se deduce claramente que los socialistas revolucionarios de todos los matices no pueden quedar ajenos a la lucha por el pan cotidiano, que constituye todo el contenido del movimiento obrero, sino que deben ver en esa lucha la condición previa inevitable para la realización final del socialismo. Precisamente su misión debe ser la siguiente: participar en las luchas cotidianas de la clase obrera activamente; emplear todos los medios para hacerlas más vastas y más profundas, y presentar siempre ante los ojos de las masas la íntima conexión de sus demandas con el gran objetivo del movimiento.

El que cree que para esa labor es demasiado bueno o trata de suprimirla con el pretexto nimio de que toda elevación de la situación del proletariado dentro del actual orden social es imposible, sólo desvía a los trabajadores de sus verdaderos fines, ése no tiene derecho a maravillarse cuando no encuentra ninguna comprensión en los proletarios, o cuando constata que pueden privarse de su consejo. Pero el hecho de no haber comprendido la conexión entre la lucha por el pan cotidiano y el objetivo socialista del movimiento, es una prueba de que tanto el contenido esencial del socialismo como el del movimiento obrero, han sido hasta la fecha para él un libro con siete sellos. Alégrese lo que quiera con su «radicalismo»: en el fondo no es más que uno de esos filósofos baratos que viven más allá del tiempo y del espacio y no tienen sentido alguno para la amarga penuria de la vida.

La revolución de noviembre en Alemania nos ha deparado un buen número de tales gentes, que desempeñaron pasajeramente funciones de huéspedes en nuestro propio movimiento y en movimientos ajenos y juegan, aquí o allá, algún papel. En su mayoría son seres débiles, híbridos, que se mueven al viento que sopla y en resumiéndolos no saben el lugar en que corresponden. Han probado algo de todos los partidos y tendencias, pero sólo conocen la fachada de las cosas; les falta la energía para cavar hondo y conocer lo más íntimo de un movimiento. Como aprendieron a llevar su sabiduría con el pathos necesario al hombre y a emborrachar los espíritus inmaduros con un galimatías de palabras de orden, huecas y bombásticas, la incompreensión de algunos los toma por «hombres fuertes» y les acompaña pasajeramente, hasta que llega la inevitable desilusión, que por lo general no se hace esperar mucho. La mayoría de las veces han recorrido todas las posibilidades de evolución del movimiento social; fueron socialistas independientes, comunistas, partidarios de los Consejos, etc., hasta que un día se les vuelve a encontrar «budistas» o en el agradable círculo de los espiritistas y de los mediums, etc. Desde allí el viaje continúa todavía para algunos y se producen las conversiones más maravillosas. Otros aterrizan en un tranquilo rincón, donde admiran en apacible bienaventuranza y con



salariado, la economía capitalista' monopolista —. Para llegar a ese conocimiento, las luchas cotidianas ofrecen una enseñanza intuitiva mejor que los más hermosos artículos teóricos. Nada puede influenciar tan fuertemente el espíritu de los trabajadores como esa lucha constante por el pan cotidiano, nada les hace tan accesibles a la ideología del socialismo como esas contiendas incesantes por las necesidades de la vida.

Y ahí está en último resultado la gran significación social de esas luchas; significación que queda en pie cuando los hombres salen derrotados de ellas y cuando en apariencia derrocharon sus energías inútilmente. También semejantes derrotas son extraordinariamente educativas, y desarrollan en el cerebro de los trabajadores, con lógica inflexible, la comprensión de los métodos mejores y más eficaces de lucha, aun cuando el descalabro recibido los desaliente al principio y disminuya enormemente su combatividad.

Como los campesinos de la gleba del tiempo de la dominación feudal — mediante innumerables revueltas y grandes insurrecciones, que primeramente no perseguían más que el objetivo de arrancar a los señores feudales ciertas concesiones y obtener un mejoramiento de su triste situación —, abrieron el camino a la gran revolución y prepararon la abolición de los derechos feudales, así las innumerables luchas obreras por el pan cotidiano en el seno de la sociedad capitalista forman, por decirlo así, la introducción a la próxima revolución social, de donde surgirá el socialismo. Sin las revueltas ininterrumpidas de la clase campesina — Taine dijo que desde 1781 hasta el asalto a la Bastilla tuvieron lugar en casi todas partes de Francia más de quinientas de esas rebeliones —, no habría echado raíces en los cerebros de las masas el pensamiento de la corrupción de todo el sistema de servidumbre y del feudalismo. Ese pensamiento debió madurar lentamente gracias a las continuas luchas de los campesinos y adquirir paulatinamente forma y figura, hasta que por fin llevó con irresistible violencia a la abolición de la gleba y de los llamados derechos feudales.

Lo mismo sucede con las luchas económicas y sociales del moderno proletariado. Sería totalmente falso querer apreciarlas simplemente por su origen material y de acuerdo a sus resultados prácticos; se desconocería completamente su profunda significación psicológica para la conmoción de las masas y la ampliación de su horizonte mental. Sólo por los choques diarios entre obreros y capitalistas pudo adquirir la idea del socialismo, que despertó a la vida en el cerebro de algunos pensadores, carne y sangre, por decirlo así, y asumir el carácter especial que hizo de ella un movimiento de las masas, la portadora de un nuevo ideal de cultura social.

Las ideas solas no crean un movimiento; ellas mismas no son más que un resultado de condiciones concretas de vida, la condensación espiritual de determinadas condiciones materiales. Los movimientos nacen de las necesidades directas y prácticas de la vida y no son nunca el resultado de abstractas representaciones. Pero reciben

drán ver con un poco de buena voluntad en el ejemplo alemán que el problema de la situación de los trabajadores no es tan insignificante como creen y que aquella supuesta *ley de bronce* carece de todo fundamento profundo.

No olvidemos, además, que ese hundimiento monstruoso de la situación del proletariado tuvo lugar en un tiempo en que la gran industria alemana bajo la dirección de Stinnes, se embolsaba fabulosas ganancias y nuestros latifundistas hacían morir de hambre al pueblo alemán con los *graneros repletos*. Pero, al mismo tiempo, la sabiduría de los jefes socialdemócratas y las lumbreras de los Sindicatos reformistas procuraron persuadir a los trabajadores de que tras una guerra perdida debían abstenerse de exigir más elevados salarios si no querían arruinar completamente la vida económica del país, y los trabajadores fueron bastante torpes para dejarse dominar por esas insinuaciones mientras que los capitalistas, los terratenientes y los especuladores de la Bolsa se llenaban los bolsillos. Esos señores no fueron detenidos por tales escrúpulos; no pensaron en contentarse con pequeñas ganancias después de la pérdida de la guerra, sino que arrebataron todo lo que podía ser apropiado, mientras las vastas masas de la población laboriosa apenas podía mantenerse con pan seco y patatas.

Ninguno de esos parásitos tuvo la ocurrencia de pensar que su voracidad desenfrenada entregaba a todo un pueblo, sin salvación, a la ruina. Lo cierto es que una gran parte de los precios actuales, que no están en proporción alguna con el término medio de los salarios, no se explican de ninguna manera por causas económicas, sino sólo por causas psicológicas. En tiempos normales se contenta el capitalista y el comerciante con una cierta ganancia, cuyo nivel es, por lo general, regulado por la concurrencia una cierta ética que sabe separar arrolla hasta entre los comerciantes una cierta ética que sabe separar bien un negocio decente de la usura directa. Pero en la época posterior a la guerra, y en particular en el período llamado de la inflación, fueron quebrantados todos los conceptos éticos y toda moderación. El *laissez faire*, *laissez aller* de los poseedores se perdió en lo infinito. Todo capitalista, todo comerciante, se convirtió simultáneamente en especulador sobre la miseria sin límites de su propio pueblo, y se embolsó beneficios que no se habría atrevido a soñar antes. El robo descarado celebró su triunfo en Alemania, el cambalachero ocupó el puesto del comerciante de los años pasados. No es de extrañar que a muchos de esos señores se les haga hoy cuesta arriba acomodarse al período de la llamada estabilidad. Los precios presentan testimonio elocuente de ello.

Por lo que se refiere ahora a la afirmación de que todo aumento de los salarios debe provocar inevitablemente un aumento de los precios, que el capitalismo roba con una mano del bolsillo del consumidor lo que paga de más con la otra al productor — una afirmación muy corriente hoy en los círculos llamados *radicales* —, es tan errónea como la *ley de bronce del salario*. Fue Marx en persona,



citado por muchos *radicales*, el que ha demostrado convincentemente la insuficiencia y la falsedad de esa afirmación. En su conocida conferencia en el Consejo General de la Internacional (1865) desmenuzó tan profundamente las opiniones del owerista Weston, defensor de aquel punto de vista, que no quedó nada más de ellas.

En efecto, aquella afirmación podría pretender una cierta veracidad tan sólo cuando, como dice Marx, pudiera demostrar: 1) Que la cantidad de la producción nacional es algo fijo, una cantidad o un tamaño estable, como diría el matemático; 2) Que el salario real, es decir, el salario medio en la cantidad de objetos de consumo que se pueden comprar con él, es fijo, un valor estable.

En ese caso, al menos, se podría hallar comprensible la afirmación. Pero sabemos que la producción general aumenta sin cesar, y que sólo por ese hecho se ofrece a los capitalista la posibilidad de nivelar nuevamente los aumentos de salarios, sin estar obligados a recurrir a un aumento de los precios.

Si fuese, en efecto, un hecho económico que un aumento de los salarios tendría por consecuencia necesariamente un aumento de los precios, en base a esa circunstancia sería imposible un cambio en la situación proletaria. Pero en ese caso el moderno obrero debería vivir en las mismas condiciones que su predecesor del período inicial del capitalismo. Y puesto que, como hemos dicho ya, únicamente puede tener lugar una evolución de las necesidades morales y espirituales cuando son hechas posibles por la situación material de la vida, todos esos fenómenos que podemos percibir hoy a cada paso en el movimiento obrero, se reducirían a simples ilusiones ópticas. Entonces habrían sido vanas las innumerables luchas del proletariado contra el capitalismo para conseguir un mejoramiento de su situación. Pero entonces también los ensayos del capitalismo para disminuir en cada ocasión propia los salarios, habrían sido inútiles y no habrían tenido razón de ser, pues no podrían cambiar nada en el estado de cosas. Pero por lo menos hay que atribuir tanta perspicacia a los capitalistas como para que no provoquen inútilmente otras cosas contra las cuales deben reaccionar los trabajadores a la primera ocasión, y que llevan a una continua conmoción de la vida social de ningún modo deseada por el capitalista. Tal procedimiento no sólo sería torpe, sería la más clara locura.

Es absurdo suponer que el capitalista sería capaz en todo momento de poder proceder a un aumento de los precios en cuanto los salarios se inclinasen algo de parte de los trabajadores. En la determinación de los precios tienen un papel factores totalmente distintos, y el capitalismo no puede seguir simplemente en este concepto su voluntad, sino que está más bien ligado a ciertas condiciones que no puede modificar arbitrariamente y que le son directamente impuestas en muchos casos por la concurrencia. Si no fuera así, como dice justamente Marx, entonces sería «la alza y la baja, la incesante modificación de los precios del mercado, un enigma insoluble».

Llevaría muy lejos el examen de las relaciones entre salarios y

precios, y, además, el objeto de este escrito es otro. Pero el que se interese por este asunto, que lea el folleto de Marx (*Precios, salarios y ganancias*), que trate este problema de una manera acabada. Toda la afirmación de que el aumento de salarios tiene que tener forzosamente por consecuencia un aumento de los precios, no es más que una manifestación, como muchas otras «leyes económicas», que sólo ha contribuido a sembrar la confusión entre los trabajadores y a extrañarlos.

Es tal vez posible que los aumentos de salarios puedan implicar un aumento de precios; pero también puede tener lugar lo contrario, como ha señalado Marx excelentemente en una serie de ejemplos en donde concurrían simultáneamente aumento de salarios y disminución de precios. Pero que el caso opuesto puede existir también, lo hemos experimentado en Alemania suficientemente en los últimos años. Pues aunque los salarios en Alemania están lejos de haber llegado a la altura de antes de la guerra, los precios han sufrido la operación opuesta. Pero si fuese exacta la afirmación que un aumento de los salarios tiene automáticamente por consecuencia un aumento de los precios, entonces con la misma lógica una disminución de los salarios tendría por consecuencia también una disminución de los precios. La situación actual en Alemania es la mejor demostración de que no es así.

\*\*\*

No todas las «leyes» férreas son incapaces de quitar una jota de importancia a las luchas diarias de la clase obrera, a la lucha por el pan cotidiano. Dan al movimiento obrero su verdadero carácter, y están ligadas de la manera más íntima a su naturaleza más profunda.

Pero esas luchas no sólo tiene su significación práctica; constituyen también la condición previa necesaria para la liberación definitiva del proletariado del yugo de la esclavitud del salario y de toda otra forma de explotación. Aunque con raíces en el presente y en la realidad práctica de la vida, llevan en sí, no obstante, el germen de un devenir que desarrollará un porvenir mejor para la humanidad. Pero todo lo nuevo y lo venidero nace de la realidad inmediata del ser viviente. El mundo nuevo no nacerá de los espacios aéreos de las representaciones abstractas, sino que surgirá de las luchas por el pan cotidiano, de las duras contiendas inintermitidas que exige la penuria y la preocupación de la hora.

En la continua lucha contra lo viejo y lo existente, se forma lo nuevo y madura su perfección. El que no sabe apreciar la conquista presente no será nunca capaz de combatir por la conquista para sí mismo y para sus semejantes de un porvenir mejor.

De las luchas cotidianas de los trabajadores contra el capitalismo y sus aliados se levanta paulatinamente en los primeros el sentido de esos conflictos. Primeramente persiguen sólo el fin inmediato de mejorar la situación general de los productores dentro de la sociedad actual, hasta que descubren poco a poco las raíces del mal — el



por indolencia las más elementales reglas de higiene. El saludo de rigor es:

—¿Paisavá? (¿Cómo están? Buenos días).

—Iponente. (Muy bien. Gracias).

Bebo y me aprovisionó de fresca agua de aljibe y prosigo la marcha. En un recodo surge la aldea típica, miserable y sucia. Todo allí aun duerme. En sus afueras un cachapé (carruaje de cuatro ruedas parecido a la brischa ucraniana) cargado de piques (maderos para los alambrados en las regiones platenses) está siendo enganchado por el carretero, después de su siesta. Nos hacemos amigos y con la hospitalidad característica de los lugareños, me ofrece un puesto en él, pues también se encamina hacia el río.

Avanzan los caballitos paraguayos, verdaderos joyeles por su sobriedad y resistencia, flojas las riendas, pues conocen el camino tan bien como el hombre, mientras nosotros platicamos amistosamente. Allí la única industria la forman rudimentarios aserradores en donde se cortan los piques y en los montes el tumbeco de grandes rolos (troncos) que en los carros (grandes carruajes de dos ruedas) se llevan hacia el río. Los habitantes apenas trabajan. Cultivan mandioca y choclo, también algún banano, pero la fruta (naranjas, bananas, mambos, etc.), se halla silvestre en los esteros. Mi amigo, uno de los más activos de la región, se dedica al transporte de piques.

A lo lejos divisamos dos caminantes de poncho (especie de túnica parecida a la chilaba árabe) colorado. En el encuentro nos detenemos, pues ya ellos se hallan sentados en la única cachimba que hay en todo el camino hacia el río. Bestias y hombres hunden allí sus labios sedientos. Tomamos tereré (mate) frío y amargo en guampa (cuerno) de buey. Vienen los amigos de hacer la temporada en los grandes yerbales. Me informo. Ellos trabajaron como asalariados, pero es verdad. Aun subsisten yerbales con esclavos, como lo denunciara hace algunas décadas el gran Barrett. Aquellos infelices, sepultados en el infierno verde de la selva son cazados a tiros si se escapan por los capataces armados. Se trata en general de pobres indios engañados y dichos yerbales están o en el Chaco o cerca de la frontera brasileña. Los amigos, mientras hablan en el hermoso guaraní, salpicado con raras y pintorescas palabras castellanas, hacen ademanes con los machetes (grandes cuchillos que sirven también como herramienta hortícola). Luego de los despidos, proseguimos todos nuestra ruta.

Ya estamos en pleno ocaso. Y pronto cae el manto de la negra noche, rutilada por las blancas estrellas: el cielo es allí hermosísimo. Los caballos, videntes en plena oscuridad nos llevan a destino, mientras el compañero duerme y, yo dormito envuelto en india frazada para evitar los chupones de los mosquitos. De repente se detienen los matungos (caballos) y el carretero se levanta de un salto. Es que un convoy de carros se acerca. Ladeamos el cachapé y en seguida pasa toda una caravana vacía de carros, traccionada por yuntas de bueyes con guampas enormes y conducida por indios o mestizos, fantásticos en la claridad vacilante de los faroles, que se gritan agudamente unos a otros para asegurarse en la marcha. Todos saludan amablemente. El saludo guaraní «Ipoá» (salud, suerte, felicidad) es mucho más hermoso que el prosaico «adiós» del hombre blanco y se parece al «kairé» de los antiguos griegos.

Ya de nuevo rodando, llegamos al cabo de cierto tiem-

po a un gran estero en donde las grandes luciérnagas brillan y se apagan en una fantasía maravillosa. Basta un puñado de ellas para leer una carta en plena oscuridad. Desenganchamos y corren los corceles esbeltos y veloces por la libertad del estero, mientras el carretero me ofrece, ¡oh bárbaros hombres blancos! la más fraternal de las hospitalidades: el amar sexualmente a la mujer que ama y que habita un rancho de las cercanías. Los propietarios sexuales a piel blanca, los bárbaros celosos «civilizados» no entienden este lenguaje. Agradezco profundamente y duermo debajo del carruaje, bien tapado con la frazada.

### III

Mucho antes de amanecer ya estamos en camino. Este se ensancha, pero está lleno de barro por doquier a causa de recientes y torrenciales lluvias. Nos detenemos frente a un barrizal imponente. Trata el compañero de pasarlo por la parte más estrechas, peronos hundimos hasta el piso. Nos desnudamos rápidamente para ayudar a los matungos empujando las ruedas traseras. Pero se clava y clava el cachapé con su peso. Descargamos los piques a tierra firme y por fin lo sacamos. Todos chorreando barro, corceles y nosotros emprendemos, después de cargarlo de nuevo, mientras reimos y aspiramos la fresca y sana brisa del amanecer. El ambiente se civiliza. Aparecen ranchos por ambos lados, con grandes hogueras. Y a lo lejos se divisan las espirales del humo de Rosario. En las afueras de este poblado, nos hundimos de nuevo, pero logramos salir con la ayuda de un jinete y su caballo.

Me enfundo rápidamente camisa y pantalones en las cercanías de Rosario, mientras diviso la gran cinta cruñida y resbaladiza del río, bellísimo espejo que se refleja en el azul del cielo.

¡Puerto Rosario! Puerto sin murallones, grúas o galpones (almacenes). Montones desordenados de rolos y piques. Un gran acantilado al cual se acercan prudentes las grandes barcazas fluviales. En el poblado lleno de ranchos, callejuelas sin veredas (aceras) repletas de fango. Los cachapés se hunden hasta los ejes, pero vuelven a salir de los barrizales...

Ayudo a descargar al amigo y me despido. Quiero ante todo tomar un buen baño en el río. Hay que desconfiar de los peces pirañas que al menor rasguño en la piel, lo comen a uno a dentelladas. Siempre es conveniente, buscar un remanso en donde haya seres humanos. Lo encuentro en lugar apropiado. Lavan allí la ropa gruesas matronas negras de abultados senos, de los que a veces penden, negritos glotones. Doncellas mestizas con cabellera de ébano, completamente desnudas, despiertan el celo sexual. Viejos bajo añoso tilo, también completamente desnudos, fuman con largas pipas y charlan interminablemente tomando tereré en rueda. Me baño y lavo mi ropa, mientras una buena negra me deja hervir mis choclos en su caldera.

El hombre de piel «pálida» causa sonrisas a las damiselas de la selva. Algunas se acercan ya maleadas y proponen el coito mediante dinero. Pero yo no tengo un centavo y la prostitución me repugna. Isolina, sin embargo, me trae mis choclos y me regala una sueculenta chipa. Tomamos tereré y charlamos. Por la noche nos amamos bajo el amparo del tilo, el rutilar de las estrellas y el rielar del río...



# TRIBUNA DE LIBRE DISCUSION

## LA INDIA Y SUS PENSADORES



I quisiéramos ofrecer al lector una amplia visión panorámica de la India y sus pensadores, necesitaríamos sin duda alguna, una obra de numerosos tomos. Bástenos hoy, por falta de espacio, hacer un pequeño resumen de algunos de los aspectos que más pueden interesarnos.

La India, «aquel otro mundo» como le llamaba el poeta R. Kipling, es un país que ha sido juzgado siempre por sus miserables apariencias externas, hallando en él un caos de incoherencias humanas y psicológicas. Muchos periodistas y exploradores de éxito y medro personal de nuestro occidente, han recorrido la India, buscando sólo aquello que pudo proporcio-

narles la redacción de un excelente artículo, para ser publicado luego en alguna gran revista en exclusividad mundial.

Muy pocos en dicho país se han detenido a buscar el oro debajo sus turbias arenas. Más o menos, todos conocemos el aspecto superficial de ese lejano país oriental, y no es extraño constatar, en relación a nuestro occidente, que se trata de un pueblo atrasado en lo que socialmente se refiere. ¿Cuál de nosotros no habrá sonreído irónicamente al contemplar en medio de la circulación de Calcuta y otras ciudades hindúes, esas vacas enfermizas, cuando tantas personas cotidianamente caen extenuadas de hambre? Sin duda alguna el aspecto de la India es desolador.

### IV

Arrastra el gran río, verdadero y amplio sendero en marcha, parafraseando a Reclus, islotes vegetales repletos de zancudas garzas viajeras. Troneos gigantescos de árboles vándose también con la imponente corriente. El es el único camino para salir o entrar en aquellas solitarias y hermosas regiones. La selva, completamente tupida, barre el paso por tierra. En la otra orilla empieza el Chaco, poblado de tribus indias.

Cargo en el puerto una barcaza remolcada, de fardos y racimos de bananas, junto con otros negros estibadores y así logro pasaje hasta Asunción. Pronto nos deslizamos por el inmenso río. Nos cruza el vapor de Corumbá, lleno de gentío. Diminutos barquichuelos repletos de yerba y bananas, manejados por indios, surcan las aguas hacia la urbe asuncena. Parece imposible que aquellas frágiles embarcaciones puedan llegar a destino, pero los indios son grandes nautas.

Al cabo de seis días de navegación accidentada, acostando a las islas por la noche y navegando durante la claridad diurna, llegamos a las ruinas del barraje que otrora quisieron construir totalmente los jesuitas. Por el fondo, se divisan los dos viejos destructores de la armada paraguaya.

Asunción a la vista. Verdadera aldea en grande, edificada en una colina próxima a la bahía. Ya en tierra, paseo de nuevo por sus calles coloniales. Ancianas arrugadas, pasan a lomo de asno, fumando longitudinales puros y salivando constantemente el suelo. Yo esquivo los espantos pero los autóctonos los pisan indiferentes. Todo el mundo, salvo los plutócratas, va descalzo. La milicada (policia) viste de paisano, con fusil al hombro. Por una calle avanza al paso de la oca, verde soldadesca, también descalza. En la avenida principal, un tanque «panzer» sobre pedestal marmóreo. Su cilíndrico y desproporcionado cañón, recuerda al avisado que es ésta, tierra de pro-

nunciamientos «manu militari». En efecto, fachadas talladas a balazos, postes de los tranvías agujereados por la metralla, etc., lo indican. La gente está ya acostumbrada a esas «revoluciones» cuyos diferendos se solucionan a tiro limpo. Por doquier hay cruces; allí sucumbieron los partidarios en los comicios políticos...

Dejo pronto la aldea asuncena, sede del gobierno y capital del país, vía Luque. En las afueras, grandes cuarteles, en donde espera el pobrerrío los restos del rancho. Siguiendo la única vía ferroviaria del país, topo con gran nube de langosta cuyos aletazos flagelan rostro y pecho. Me encuentro con vagabundos indios o mestizos, huídos por curiosidad de la zona libre. El sur paraguayo es ya «civilizado». Como ellos yo también soy vagabundo, pero no «económico» y como ellos, he recorrido más de una vez los caminos del mundo...

### V

En Luque agarro un carguero lleno de rajas de leña con destino a Encarnación y repleto de indiada vagabunda, en la que no faltan las mujeres y los niños. Muchos de estos infelices son expulsados por la milicada, feroz y bárbara como todas las milicadas nacionales, encarnizadas defensoras del desorden civilizado. Con habilidad logro llegar yo a destino, luego de varios días, pasando por Sapucay, San Salvador, Pilar, etc.

Encarnación es ya una bella ciudad, besada por el Alto Paraná, en donde el castellano predomina. Siguiendo los rieles, llego hasta Pacu-Cuá, término del ferrocarril y en donde el ferry conduce a la Posadas argentina.

Prosigo mi ruta por los caminos que marginan el Alto Paraná, repleto de contrabandistas que viven en perenne duelo con la gendarmería. Trabajando por las chacras (cultivos) llego hasta las hermosas cataratas del Iguazú, las más bellas sin duda de Sudamérica y una de las maravillas del mundo.

Vladimir MUÑOZ



A la pobreza del suelo, debida a los rigores del clima, se añade una población cada día más densa, contándose por millones el aumento de sus habitantes de un año a otro. A pesar de haber logrado su independencia y hallarse en los albores de una nueva era democrática, la India prosigue con sus tradiciones milenarias, adorando a una pléyade de dioses, dividiéndose en un sin fin de sectas y castas y dando libre curso a creencias y supersticiones. Sin embargo, si ésta es la realidad en lo que atañe a su vida social y popular, nos parece conveniente, si queremos conocer intrínsecamente a la India, no detenernos solamente en lo externo y buscar «los eternos manantiales», como decía Amado Nervo.

Su situación geográfica parece haber dado a la India, al mismo tiempo, las más bajas y estériles llanuras y las cumbres más elevadas de la tierra en los Himalayas. En su mismo suelo existe el terreno fangoso e inmundado y la pureza de sus nieves eternas. En medio de sus masas de ignorancia han surgido colosos pensadores, como ningún país los tuvo. Si dichos hombres han sido ignorados hasta hoy en occidente y siguen siéndolo aun para muchos, es porque sólo han gozado de unos pocos propagadores y a éstos no se les ha querido dar crédito ante los convencionalismos de orden político y religioso de que estamos rodeados. No obstante la verdad se está haciendo luz y pese a las altas murallas de nuestra pretendida civilización, llegan a nosotros esos acentos lejanos que un Romain Rolland, un Lanza del Vasto y otros más, han podido transmitirnos.

En la India no todo consiste en castas religiosas, fakires y brujos charlatanes, haciendo de sus cuerpos los instrumentos de siniestras experiencias. Existe algo más que parece haber sido, durante siglos, un profundo misterio, pero que actualmente se está vulgarizando por todo el mundo. Se trata del Yoga. Sería erróneo considerar el Yoga como una religión o una secta particular, puesto que no es más que una filosofía, o más bien dicho, una realización filosófica, existente ya en las remotas lejanías de la primitiva humanidad. Buda, hace más de dos mil quinientos años, había sido ya iniciado a él y todos los maestros en sabiduría que le han sucedido, hasta nuestros días, todos han bebido en las aguas de esa salutífera fuente del conocimiento y la espiritualidad.

Poco saben de los Yogis los que reconocen en ellos ciertos poderes ocultos, pero desaprueban categóricamente su abandono a la contemplación y a un excesivo pacifismo, al parecer sin resultados positivos, ni en bien de su pueblo ni en bien de la humanidad.

Cuando un Yogi se entrega largas horas del día a la contemplación o meditación en absoluta inmovilidad y al parecer «perdiendo el tiempo», según nuestro concepto práctico de la vida, en realidad está explorando con su poderosa mente las hondas e incommensurables profundidades del espíritu humano. Cuando un Yogi se absorbe en el silencio y la soledad, es para vivir en armonía con las sutiles fuerzas de la Naturaleza y unirse a la vida. Una, hasta identificarse con los eternos océanos del Cosmos. Durante todo ese tiempo de inmovilidad creadora, que constituye la mayor parte de su vida, el Yogi ha adquirido, por las solas facultades de su mente intuitiva, elevadísimos conocimientos que la ciencia moderna, más tarde, suele concretizar. Según las circunstancias, el Yogi propaga su riqueza intelectual y espiritual en conferencias, charlas, libros, o bien, y ello es lo más corriente, en actos, ini-

ciando al mismo tiempo a su «chela» (discípulo), a la secreta sabiduría, sin olvidar que su propia vida constituye el más valioso ejemplo. Una de las características de esos sabios es el completo dominio de sí mismo, haciendo de sus cuerpos maravillosos instrumentos de sumisión y obediencia, afinados por una serie de ejercicios especiales por los cuales se adquiere el desarrollo fisiológico y psíquico. Uno de los principios consiste en adquirir lo que ellos llaman «la ciencia de la respiración». Dentro de esos magníficos templos, los deseos y los vicios no tienen cabida; sólo al pasar el umbral, su prodigiosa voluntad los aplasta, como víbora bajo el pie de un elefante. Ante esas naturalezas excepcionales no podemos dejar de pensar cuán lejos estamos nosotros, cuando, ávidos de evolución y transformación social, ni siquiera somos capaces de refrenar nuestras más leves pasiones.

Creemos oportuno y útil ofrecer al lector una reducida imagen de lo que han sido y son todavía, algunos de los más eminentes pensadores de ese lejano Oriente. Mencionaremos los más recientes, sin detenernos en la personalidad histórica de Buda, cuyo estudio merece un resumen aparte.

A la base de un vasto movimiento espiritual, que está dando al mundo la más alta expresión de la convivencia humana, hallamos, a mediados del siglo pasado, uno de los astros más luminosos que raras veces la Naturaleza haya ofrecido a los hombres: Ramakrishna.

Su vida nunca fué una heroica epopeya, ni un conglomerado de hazañas. Según leemos en su biografía, su cuerpo, lejos de ser robusto y atlético, era de naturaleza frágil y delicada. Pero en su interior llevaba un Olimpo de fuerza y sabiduría, de conocimiento y amor, que daba a sus ojos un brillo extraordinario. Ramakrishna fué un espíritu elegido, poco común entre los hombres.

Este apóstol de la espiritualidad surgió del suelo, como esas cumbres serenas del Himalaya, ante las cuales ningún hombre puede enorgullecerse de haberlas creado. Ramakrishna nunca estuvo bajo los auspicios de ninguna escuela, ni tuvo preceptores que lo iniciaran a las ciencias ni a la filosofía. La prueba más evidente es que apenas sabía escribir su nombre y hablaba solo uno de los dialectos de la India. Todas sus enseñanzas han sido transmitidas de viva voz a sus discípulos, de entre los cuales había de surgir el vigoroso espíritu de Vivekananda.

Sería absurdo negar la profunda religiosidad del espíritu de Ramakrishna, aunque, hemos de aclararlo, nunca perteneció a ninguna de esas formas dogmatizadas de religión y jamás fué el esclavo de una sola creencia. Su espíritu era de tal envergadura, que nunca hubiera cabido dentro de los límites cristalizados con que suelen circundarse todas las religiones organizadas.

En varias ocasiones realizó el prodigio de identificarse con las formas más altas de cada sentimiento religioso o ideológico más avanzados de su época, abandonando su propia personalidad para enriquecerse así de los inestimables frutos de cada una de esas experiencias. Pero él sabía cuál era su misión y nunca cedió un paso al abismo de esos juegos tentadores.

En el mundo hubo patriarcas, hubo profetas y redentores, hubo fundadores de religiones y sectas, hubo videntes y santos, hubo idealistas y pedagogos; pero la hora sonó para que llegara el que debía ordenar y armonizar todos esos matices divergentes y hacer de ellos un magnífico poema sinfónico. Puede que, otros antes que Ra-



makrishna propagaran esa unidad en la variedad; pero él vino al mundo, no sólo para propagarla, sino para vivirla.

Cuando algunos de sus discípulos, que por cierto los tuvo eminentes, le piden que dé una definición del Absoluto o Dios, Ramakrishna les dice dulcemente: «Si yo os doy una definición de Dios, ¿qué vais hacer de ella? ¿Un artículo de fe para fundar una nueva religión en mi nombre?... ¡Yo no he venido a la tierra para crear otro culto...! ¡Ah, no...! ¡No buscad una religión! ¡Sed religión!» (1).

Con estas frases podemos vislumbrar el alto concepto que tenía de la religión, tan lejos de la que conocemos por tal nombre en Occidente. Para Ramakrishna, la vida era religión y el Universo también lo era y el hombre para él, es su más sublime manifestación. La religión, según él, no es una cierta creencia en alguna divinidad, ni los atributos que se le da a un Dios lejano y misterioso. Para él todo lo manifestado e inmanifestado, conocido o desconocido; en una palabra, el gran Todo universal es divinidad y por lo tanto no existe nada fuera de ella. En cierta circunstancia dice: «Si encuentras un hombre en tu camino y en él no ves a Dios, entonces no lo busques en ningún templo, en ningún altar ni en tu mismo corazón, porque nunca lo encontrarás.»

Nadie más indicado que Vivekananda para darnos un resumen de este fecundo pensador. Hablando de su maestro nos dice:

«... Yo he tenido la buena fortuna de sentarme a los pies de aquél, cuya vida, mil veces más que las enseñanzas, era un vivo comentario de los textos de los Upanishads, era el espíritu de los mismos encarnado bajo forma humana, la armonía de todas las ideas diversas de la India... La India ha sido rica en pensadores y en sabios. El uno tenía un vasto cerebro, el otro un vasto corazón. Los tiempos eran maduros para que naciera aquel que sería la unión de ese cerebro y de ese corazón, aquel que dentro de un mismo cuerpo poseería el brillante intelecto de Cankara y el corazón maravilloso de Chantanya, aquel que vería en toda fe el mismo espíritu vibrante, el mismo Dios. Aquel que en cada ser vería lo divino, aquél, cuyo corazón lloraba ante los pobres, los febles, los parias, los oprimidos, todos aquellos que están en la India, y todos aquellos que están fuera de ella, aquél que realizaría la armonía universal, la religión de la razón y del amor... Este hombre ha nacido... Era necesario que viniera. Ha venido.»

He aquí con pocas palabras lo que fué y lo que hizo este hombre sencillo, desnudo de toda posesión y pobre entre pobres. Vemos que al final de su vida una multitud viene diariamente a él, los unos para pedirle consejo, los otros para venerarle. A pesar del mal que le está acechando, a todos recibe y reconforta con el sortilegio de su palabra. Escuchemos aun esta palabra, o por lo menos su eco, cuando dice: «No hablad de amor por vuestro hermano. ¡Amad! No discutáis sobre las doctrinas y las religiones. No existe más que una. Todos los ríos van al océano. ¡Corred y dejad correr los otros! El agua se abre camino a lo largo de la pendiente—según las razas, las edades y las almas—, en cauces diferentes. Es la misma agua... ¡Corred hacia el océano...!»

El 15 de agosto de 1886, este espíritu grandioso deja las terrestres esferas y abandona su cuerpo extenuado y quemado por el fuego interno de sabiduría y amor. El

polvo volvió al polvo; pero su espíritu y su obra persisten vivos y eternos, porque es obra de la Verdad y él era esta Verdad.

\*

La síntesis del pensamiento de Ramakrishna no podía quedar oculta para la humanidad después de su muerte. Para ello hacía falta uno de esos espíritus gigantes que tuviera, como un Titán, la fuerza de levantar ese mundo del Vedanta, más allá de las fronteras de la India. Para ello hacía falta un Vivekananda.

Lo vemos durante siete años, contradiciendo las enseñanzas de su Maestro, entablando larguísimas polémicas de orden metafísico, buscando a turbar la inmensa serenidad de Ramakrishna. Pues Vivekananda posee una vasta cultura y es conocedor de todas las tendencias más liberales y revolucionarias de la época. Sus divergencias con el Maestro residen sobre todo ante el intenso misticismo de éste, tildando algunas veces de alucinaciones, esos éxtasis, en los cuales Ramakrishna suele permanecer horas enteras. Siete años de resistencia tenaz antes de admitir la autenticidad real de todo cuanto afirma ese vidente sencillo. Siete años de vacilaciones, antes de ofrecerse en abrazo patético, todo entero a la obra que al fin ha vislumbrado le está asignada. Vivekananda no es del mismo molde de esos hombres incautos que se dejan seducir por su propia experiencia no admite ni acepta nada.

La magnífica obra de Vivekananda empieza cuando su Maestro acaba de expirar. De pronto toma conciencia de su misión. El transformará, durante su corta vida, todo aquel manantial de sabiduría en concreta realización. La obra está más allá de las fuerzas de no importa qué ser humano; pero en él hay un río tan caudaloso de enérgica creatividad, que si bien le hará lograr lo que se ha propuesto, el cuerpo no le perdonará sus estragos y su vida se extinguirá antes de haber cumplido los cuarenta años. ¡Conmovedora y fecunda vida la de Vivekananda!

Después de un extenuante y solitario peregrinaje a través de toda la India, donde ha podido tomar conciencia de la espantosa miseria en la cual yace su pueblo, lo vemos embarcarse por el año 1893, hacia los Estados Unidos, llevando consigo sólo el ligero equipaje de su propia vestimenta y el justo dinero, que todos sus discípulos y amigos han podido recaudar a duras penas, sólo para subsistir unos días. Se dirige a Chicago, donde va a celebrarse un Parlamento de Religiones. Pero como no va en representación de ninguna religión organizada ni autorizada, se le prohíbe la entrada. Sin dinero ni provisiones y en un país extranjero, le vemos errar por las elegantes calles de Chicago como un triste mendigo, que los pasantes sólo miran con cierta curiosidad. Pero tiene que cumplirse la obra y la obra se cumple. Después de haber navegado por ese mar de lujo y mecanismo social, como un extraviado vagabundo, encuentra una familia que se compadece de él, pues a las primeras palabras se ha ganado una fuerte simpatía. Finalmente, por intermedio de dicha familia se le facilita la entrada al Parlamento y el mismo día de la apertura puede estar presente. Y el milagro se produce: Vivekananda puede ser escuchado internacionalmente. Sólo a las primeras palabras el auditorio se ha conmovido. Este hombre no viene a exponer una nueva doctrina en nombre de un cierto fundador; viene simplemente a pedir una ayuda material inmediata para el pueblo entero de la India, sumido a la más horrible miseria. El



hombre que no viene en representación de ninguna religión determinada, que no viene en nombre de ninguna creencia dogmatizada, acaba de cumplir el acto más eminentemente religioso: viene en ayuda de los parias de su tierra, en ayuda de un pueblo que agoniza por el hambre. Esta es su misión. Pero no sólo viene a pedir, viene también a dar la buena nueva. Viene a dar a manos llenas la riqueza de su conocimiento espiritual. Y su voz vibra como un trueno de Verdad, y su sabiduría ahoga las más eminentes personalidades del Parlamento.

Aquel joven mendigo que horas antes la gente hubiera esquivado recelosa, se ha transformado en soberano ilustre y el clamor y entusiasmo admirativos corren por todo el país y su nombre es celebrado públicamente. Las universidades de casi toda América le ofrecen sus cátedras en filosofía, las cuales no puede aceptar para llevar a cabo su alta misión.

Su estancia en los Estados Unidos se prolonga aproximadamente unos tres años, en los cuales se absorbe en una actividad asombrosa, ya dando conferencias diariamente, ya iniciando a algunos alumnos al Yoga. Todas sus conferencias han quedado anotadas gracias al desvelo extraordinario de alguien que no quiso se desperdiciara esa fuente inagotable de sabiduría.

Durante esa estancia, organiza un viaje a Inglaterra, donde, según él, puede hallar un terreno más propicio a sus conocimientos metafísico-religiosos. En esta ocasión conoce a la que él llamará más tarde su hija espiritual: Nivedita. Su verdadero nombre es Margarita Noble. Joven profesora inglesa, que, curiosa de conocer a ese joven hindú, asiste, en compañía de una amiga suya, a una pequeña reunión, donde Vivekananda expone las riquezas espirituales y habla de sus proyectos en la India y más allá de la India. Sólo basta conocerle personalmente y oírle hablar para que la joven inglesa lo siga hasta la muerte. Pocos hombres poseen este magnetismo místico, esa atracción irresistible de trazar en pocos instantes la trayectoria de una vida entera. Pocos son los que pueden resistir a ese espíritu gigante. Nivedita será la fiel servidora que no vacilará en ir a la India que le ha descrito anticipadamente Vivekananda: país miserable, hambriento y horriblemente hundido en la superstición y, por lo tanto, menesteroso de personas de buena voluntad para llevar un poco de alivio, un lenitivo encima esas corruptas llagas de un pueblo, donde los estragos del hambre hace millones de víctimas.

El retorno de Vivekananda a la India, La levantado el entusiasmo nacional, habiéndose publicado en todos los periódicos del país el gesto y el comportamiento de éste en el Parlamento de Chicago. El pueblo por el cual él ha emprendido la campaña más vasta que se haya conocido, lo recibe tal como se merece: triunfalmente. Aprovechando estas circunstancias de clamor popular, su voz se levanta como el huracán y entonces dice a su pueblo lo que tanto urge ser oído. Y así le vemos pronunciando discursos, que si bien a nosotros ha llegado un eco incompleto, es suficiente para darnos cuenta que se trata de un heroico llamamiento que despertará a la India entera de su letargo milenario.

Nosotros, los que hemos podido apreciar los cambios sociales de la India contemporánea, no podemos olvidar que los fundamentos de dicha transformación fueron creados por Vivekananda en aquellas circunstancias. Su palabra penetró en lo más hondo del alma popular. Escuchemos un solo fragmento de uno de sus discursos.

«... De lo que tiene más falta nuestra patria es de músculos de hierro, de nervios de acero, de voluntades gigantes, a quien nada puede resistir y que para alcanzar su fin, descenderán, si es menester, hasta el fondo del mar, y afrontarán la muerte, cara a cara. ¡He aquí lo que necesitamos! Y esto no puede ser creado, establecido, fortificado, sin que vosotros comprendáis y realicéis el ideal del Advaita, la unidad universal. ¡La fe, la fe, la fe en nosotros mismos...! Si vosotros tenéis fe en los trescientos treinta millones de dioses mitológicos y en todos los otros dioses que los extranjeros introducen en vuestro país, y si no tenéis fe en vosotros mismos, no obtendréis la salvación. ¡Tened fe en vosotros y buscad esta fe!»

«... Nosotros somos los responsables de nuestra degradación. Nuestros antepasados los aristócratas han pisoteado las masas de nuestro país: tan fuertemente que éstas se han vuelto impotentes; tan fuertemente que, bajo esos tormentos, los pobres, los parias, han olvidado que eran seres humanos. Han sido reducidos a las más bajas condiciones y han acabado por creer que habían nacido esclavos...»

«Vosotros que pretendéis ser patriotas, vosotros que pretendéis ser reformadores, ¿sentís en los estremecimientos de vuestro corazón que millones de descendientes de los dioses y de los sabios se han aproximado a los brutos, que millones de seres humanos mueren de hambre hoy mismo, que millones de seres humanos mueren de hambre desde hace siglos? ¿Sentís que la ignorancia se ha extendido sobre este país como una nube sombría? ¿Es que ello os ha conmovido? ¿Es que ello os ha hecho perder el sueño? ¿Es que os ha hecho volver casi locos? ¿Es que os ha hecho olvidar vuestro nombre, vuestro renombre, vuestra mujer, vuestros hijos, vuestros bienes, vuestro mismo cuerpo, en esta única obsesión de la miseria y de la rutina...? ¡He aquí el primer paso para llegar a ser patriota! Desde hace siglos le enseñan a nuestro pueblo doctrinas de envilecimiento. Se les ha dicho a las masas, en toda la superficie del globo, que no son nada. Tanto las han cohibido desde hace siglos, que casi se han vuelto un rebaño de ovejas. Jamás se les ha permitido oír hablar del Atman... ¡Que oigan hablar del Atman! Que sepan que el más vil de entre los viles lleva en él el Atman, que no muere nunca y que nunca ha nacido. ¡Aquel que la espada no puede atravesar, ni el fuego consumir... el inmortal, sin comienzo ni fin, el todo puro, el todo poderoso, el todo presente, el Atman!...»

«¡Sí, que cada hombre, cada mujer, cada niño, sin distinción de nacimiento, de casta, de debilidad o de fuerza, aprenda y sepa que tras los débiles y los fuertes, tras los poderosos y humildes, detrás de todos y cada uno está esta alma infinita, que asegura a todos las posibilidades infinitas y las capacidades infinitas de la grandeza y de la bondad! ¡En pie! ¡Despertad! ¡Y no parad hasta que no hayáis alcanzado el fin! ¡Despertad! ¡Despertad de este hipnotismo de la debilidad! Nadie es realmente débil. El alma es infinita, omnipotente, omnisciente. ¡En pie! Es una religión forjadora de hombres que nos hace falta. Son doctrinas forjadoras de hombres que nos hacen falta. Es una educación forjadora de hombres que nos hace falta. Y he aquí la piedra de toque de la Verdad. Todo lo que os hace débiles físicamente, intelectualmente, espiritualmente, arrojadlo. Es un veneno. La vida no es ésta. La verdad no es ésta. La verdad es fuerza. La verdad es pureza. La verdad es luz. Ella es la fuente de la energía... ¡Abando-



nad vuestros misticismos empobrecedores y sed fuertes! Las más grandes verdades del mundo son las más simples; simples como vuestra propia existencia» (2).

Así habla Vivekananda a su pueblo, sacudiéndolo fuertemente, poniendo en movimiento esos poderes ocultos de la espiritualidad, que llevamos en lo más hondo de nosotros mismos. Cuando dice que le den cien hombres de vigorosa voluntad y él cambiará el mundo; cuando dice aún que la voluntad es más fuerte que el mundo, sabe perfectamente lo que representan los valores del hombre puestos en acción.

La vida de este pensador es un constante desbordamiento de acción y sabiduría, y como si tuviera conciencia de lo corto de su existencia, su obra parece acelerarse a medida que avanza en edad.

Para legar a sus sucesores la continuidad de su obra, se determina a concretizarla, fundando una comunidad llamada «Ramakrishna Misión», de la cual surgirá un puñado de eminentes pensadores, hombres altamente preparados para enfrentarse al mundo, divulgando el Evangelio Universal, por medio de sus palabras y, sobre todo, por medio de sus actos. A algunos de esos hombres se les ha llamado «liberados vivientes» por haber alcanzado tan alto estado de evolución, viviendo en la más rigurosa humildad, dominando absolutamente, por simple acto de voluntad, los más leves deseos y ambiciones personales. En nuestros días se prosigue esta obra, y de cuando en cuando, no importa en qué país, vemos surgir a uno de esos peregrinos, sobriamente vestidos; imagen latente de lo que fué y enseñó Ramakrishna.

La vida de Vivekananda no se puede relatar en tan corto espacio, pues, si fué relativamente corta, en lo que se refiere a sus años, fué extensísima en lo que se refiere a su acción influenciadora en la India de aquellos tiempos. Lo vemos aun en el crepúsculo de su existencia, luchando contra la excesiva devoción de algunos discípulos, recordándoles que lo que más urge es ayudar material y moralmente a su pueblo, que lo que más urge es hacer desaparecer esta absurda y degradante costumbre de despreciar a los llamados intocables, que lo que más urge es levantar a esos hermanos pisoteados, puesto que, dice él, ellos y nosotros somos Uno.

Poco a poco va atenuándose ese impulso poderoso de su espíritu y entonces, al umbral de la muerte, parece haberse ya desprendido del mundo y una serena quietud invade todo su ser y exclama apaciblemente: «Me siento feliz de haber nacido, feliz de haber sufrido, feliz de haber errado, feliz de entrar en la paz... Yo no dejo nadie atado a mí, yo no estoy atado a nadie...» Y aun aquellas palabras que pertenecen más a un espíritu desencarnado que a un hombre que pisa la tierra: «Todas las cosas son bellas, pues han perdido ya su relatividad.» El viaje corto, pero fecundo de su vida ha terminado. «Qué importa, dice aun él; he dado yo bastante para mil quinientos años.»

Sólo tienen derecho a pronunciar estas palabras los que han vivido una vida de servicio y abnegación para los demás, dando lo mejor de ellos mismos, conscientes de que su existencia ha sido un peldaño necesario a la evolución de la humanidad, y aceptando, por lo tanto, todo su enorme peso.

\*

Todos tenemos presente aun en la memoria, por tra-

tarse de una personalidad mucho más reciente, el apóstol de la No-Violencia: Mahatma Gandhi.

No creemos necesario hacer una larga exposición sobre esta gran figura de la India contemporánea, toda vez que plumas más autorizadas lo han hecho extensamente y de manera magistral.

Gandhi no fué, como muchos tienen tendencia a creer, un agitador revolucionario, a los pies del cual todo un pueblo se levanta contra las tiranías que lo oprimen. Ante todo Gandhi era un gran místico y un profundo pensador; una de esas vidas torrenciales entregadas totalmente al bien de la humanidad.

El pueblo de la India, que ya había experimentado los primeros estremecimientos ante la palabra estrepitosa de un Vivekananda, se hallaba en la condición propicia para recibir al que debía lograr al fin, a costa de su propia vida, la independencia de tantos millones de hombres.

¿Qué autoridad poseía este hombre? ¿Qué armada estaba a su disposición? ¿De qué poderes materiales disponía para lograr un resultado de tanta envergadura? Nos asombra al constatar que ese hombre no poseía nada y lo poseía todo al mismo tiempo; que este hombre nunca fué el representante autorizado de ninguna potencia, de ningún partido, ni de ninguna iglesia; que este hombre nunca se identificó ni siquiera con ningún organismo ideológico, social o religioso y que incluso desechó aquel facto indispensable para todo movimiento revolucionario occidental: la violencia.

Si en verdad tuvo un gran papel a representar en la política de su país fué porque así lo quiso todo su pueblo y antes de abandonar a éste, tomó voluntariamente la enorme responsabilidad, con todas sus nefastas consecuencias, de ponerse a la cabeza del vasto movimiento de no-cooperación.

La vida de Mahatma Gandhi fué no-violencia mantenida y confirmada hasta en aquel instante que, herido de muerte por los disparos de un fanático, tuvo la fuerza de perdonar a su propio asesino. Una vida así basta sólo presenciarla para convencer al más escéptico de los hombres. Una vida hecha de Verdad, de desinterés, de amor, de sabiduría absolutos, puede también transportar las montañas; puede por lo tanto transformar la vida social de toda una nación.

Gandhi sentía palpar tan entrañablemente la miseria de su país, que, según parece, ayunaba semanas enteras por el bien de su pueblo. ¡Inutilidad!, dirán quizás algunos. Pero ello nos revela hasta qué punto hería su corazón el dolor ajeno, hasta qué punto sentía la necesidad de entregarse en cuerpo y alma a la obra que se había propuesto realizar, a la obra de no-violencia, que ineluctablemente tenía que dar sus grandes frutos. «He rechazado definitivamente, decía, la doctrina de la espada.»

Nos imaginamos la fuerza persuasiva que fluía de su alma, cuando, en circunstancias verdaderamente desesperadas, pudo calmar las olas enfurecidas de indignación popular, motivada por los métodos violentos de represión por parte de las autoridades inglesas. La efervescencia era tal, que a pesar de él, hubo disturbios en algunas localidades y un reducido número de víctimas manchó de sangre el suelo de la India. Lejos de justificar su inocencia, como hubiera hecho no importa qué hombre, incluso no importa qué revolucionario, declaró ser el único responsable, y por lo tanto, culpable del mínimo acto agre-



sivo de todos y cada uno de sus conciudadanos. Ello lo pudo hacer de una manera pública, puesto que su heroico mea culpa fué pronunciado en el proceso que en 1923 debía conducirlo a la cárcel. Transcribimos aquí unos párrafos de su tan elocuente declaración, única en los anales de la historia revolucionaria.

«Yo sabía que jugaba con el fuego. Así he corrido yo el riesgo; y si fuera puesto en libertad, empezaría de nuevo. En ello he reflexionado detenidamente estas últimas noches. Esta mañana he sentido que no hubiera hecho yo mi deber, si no hubiese dicho lo que digo ahora. Estaba dispuesto y lo estoy de evitar la violencia. La no-violencia es el primer artículo de mi fe y el último. Pero debía yo escoger: o bien someterme a un sistema político que considero haber causado un mal irreparable a mi país, o bien correr el riesgo que se desencadenara el furor insensato de mi pueblo, cuando hubiese sabido por mis labios la verdad. Yo sé que mi pueblo algunas veces se vuelve loco. Lo siento profundamente; y es por ello que estoy aquí para someterme, no a un ligero castigo, sino al más severo. No pido yo misericordia, ni pido ninguna circunstancia atenuante. Estoy yo aquí para pedir y aceptar alegremente la más alta pena que pueda ser infligida por aquello que, según la ley, es un crimen deliberado, y que me parece a mí, el primere deber de un ciudadano. Jueces, no podéis escoger: ¡dimitid, o castigadme!...»

Con un tal acto, Mahatma Gandhi realizaba la ética fundamental de aquel «Sermón de la Montaña» que Jesús profesaba y del cual tanto se ha alejado la llamada civilización cristiana, y que decía: «Ama a tu propio enemigo».

Porque no-violencia no significa sólo un medio de oposición ante las injusticias de la sociedad; es sobre todo la lucha, o mejor dicho, el esfuerzo por una renovación profunda y fundamental.

Escojamos al azar algunos de sus principios y después de leídos no podremos negar de que Mahatma Gandhi no sólo era un abnegado propulsor de una nueva corriente social de buena voluntad, sino también un maestro en sabiduría.

«Los Rishis que descubrieron la ley de no-violencia, en medio de las peores violencias, fueron genios mayores que Newton y guerreros más grandes que Wellington; comprendieron la inutilidad de las armas que habían utilizado.»

«Por dura que sea una naturaleza, se fundirá al fuego del Amor. Si no se funde, es porque el fuego no es bastante fuerte.»

«No-violencia no es sumisión benévola al malhechor. No-violencia opone toda la fuerza del alma a la voluntad del tirano. Un solo hombre puede así desafiar a un imperio y provocar su caída.»

«El sólo tirano que reconozco en este mundo es la voz silenciosa que está dentro de nosotros.»

«Mejor preferiría ser despedazado antes que no reconocer a mis hermanos de las clases rechazadas... No deseo renacer, pero si renazco, deseo hacerlo entre los intocables para compartir sus afrentas y trabajar por su liberación.»

«Nuestra lucha tiene por fin la amistad con el mundo entero. La no-violencia ha llegado entre los hombres y quedará. Ella es la anunciadora de la paz del mundo.»

La obra de Gandhi continúa después de su muerte y de haberse logrado la independencia, no quizás necesaria-

mente en la persona de un Pandit Nehru, jefe actual del gobierno de la India y que a su tiempo fué un discípulo suyo, sino en la persona mucho menos conocida de Vinoba: el más grande y auténtico discípulo de Gandhi.

Nos hallamos de nuevo ante otro de esos extraordinarios místicos pensadores, tan escasos hoy día en nuestro occidente. Vinoba está viviendo en estos momentos, recorriendo la India entera a pie, de aldea en aldea, de pueblo en pueblo, sembrando cada día la riqueza de su palabra y el ejemplo de sus actos. Convince y persuade a los grandes propietarios y maharajas, de repartir sus tierras o parte de ellas para el pueblo, para los parias, para los miserables. Su palabra convence (3) porque sus manos aun no han tocado siquiera la impureza de una sola moneda de dinero, como en otros tiempos hizo Jesús; porque sus pies nunca han pisado ningún palacio, rehusando incluso introducirse en el del Gobierno, cuando éste lo invitó para que expusiera a las autoridades su plan de acción; porque en él no existe un gesto que no sea para renovar la sociedad, aliviar el sufrimiento de su pueblo y atenuar las injusticias humanas. Un hombre así puede hablar y su palabra será escuchada y su ejemplo imitado. Este es el hombre que puede llamarse verdaderamente discípulo de Mahatma Gandhi.

\*

No podríamos concluir esta pequeña exposición sin antes haber mencionado otra de las portentosas personalidades del pensamiento humano, y que como las demás, ha bebido en las diáfanas aguas del hondo manantial de la India milenaria. Se trata del sabio Krishnamurti.

Este pensador de nuestros días está difundiendo por todas las latitudes el mensaje de la paz y la verdad. Toda la sabiduría, todo el conocimiento, toda la experiencia espiritual y moral de todas las eminencias del pensar de la India, parecen haberse reunido en la persona de Krishnamurti. El nos habla con un lenguaje más adaptado a nuestra época y más propicio a nuestra comprensión. Parece que las verdades eternas toman en sus labios el acento y la tónica actuales. Sus enseñanzas no son como las de Buda, allá en las lejanías de dos mil quinientos años. Ellas nos dan una respuesta a nuestros agobios inmediatos, a nuestras vacilaciones actuales. Su palabra es actualidad latente.

Sabemos que su vida es como la de esos peregrinos que, despojados de toda atadura, incluso de su propio personalismo, van recorriendo todos los caminos, los más abruptos y pedregosos la mayoría de las veces, llevando en su corazón el culto más noble y sublime que puede aspirar un espíritu humano: la regeneración de la humanidad.

Krishnamurti no nos trae algo nuevo. Su verdad es simplemente la Verdad, la Verdad de todos los tiempos, la Verdad de ayer, de hoy y de mañana. Estamos ya tan adaptados a este mundo de lo ilusorio, a este valle de maldición, superstición y crueldad, que, cuando por algunos momentos nos enfrentamos con la realidad, ésta siempre suele parecernos algo nuevo; parece como si descubriésemos algo desconocido, algo que nunca ha existido. Sin embargo la realidad puede que la descubramos por primera vez, sin que por ello haya dejado de ser permanente y eterna.

Este profundo pensador no es el promulgador de un nuevo sistema, ni de una nueva idea y mucho menos de un nuevo credo religioso. Es el divulgador de una revolución fundamental en el sentir y en el pensar del hombre,



revalorizándolo totalmente. Revolución en el propio interior de nosotros, no cambiando ni sustituyendo un sistema por otro sistema, una ley por otra ley, un régimen por otro régimen.

La historia de la humanidad es un conglomerado de errores, desaciertos y conflictos sangrientos, que, después de haber reconocido como tales, reincidimos una y cien veces más, haciendo siempre responsables a las circunstancias y acontecimientos externos. Cada raza defiende su color, cada partido político defiende los intereses del mismo, cada religión defiende cautelosamente los intereses de su iglesia y así el hombre se levanta contra él mismo, cada uno tras las murallas ideológicas que cree lo defienden y que en realidad lo esclavizan.

Sería hora que los tradicionales cursos de filosofía universitarios adaptaran la síntesis del pensamiento de algunas de estas eminencias desechando un tanto lo rutinario de las filosofías dogmatizadas, llamadas clásicas. Krishnamurti en varias ocasiones ha tenido la fortuna de ser escuchado en algunas de las más importantes universidades del mundo, exponiendo sus vastos conocimientos, tanto para los alumnos como para sus profesores. Pero comprendemos las enormes dificultades que existen para que sus preciosas enseñanzas sean adaptadas oficialmente. Para ello deben desintegrarse todos los valores de orden interesado y egoísta; para ello el hombre debe sólo trabajar en un plan absolutamente desinteresado. Difícil tarea, diréis cuando vemos hoy mismo la ciencia vendida a los intereses nacionales y políticos de las grandes potencias; cuando corriendo el riesgo de desintegrar a toda la humanidad, muchos hombres llamados falsamente sabios, se han transformado en mortíferos instrumentos de la corrompida diplomacia mundial para defender, dicen, los intereses de la paz. Estamos al borde del abismo y la sola salvación está en regresar a nosotros mismos; ver la verdad interior penetrando en este propio interior y eliminar, extirpar en él todas las causas que nos han empobrecido en nombre de los convencionalismos, en nombre de esta civilización de artificio y falsedad, de la cual somos las sinietras víctimas.

Nos place transcribir algunos párrafos extraídos de algunas conferencias de este eminente humanista y pensador, desgraciadamente poco conocido aún en el mundo a causa del sórdido bullicio de este caos de intereses creados, que siempre han querido ahogar toda voz que proviene de la verdad.

«Todos nos damos cuenta de la confusión y la miseria que existen dentro y fuera de nosotros. Política y socialmente, esta confusión no es una crisis pasajera como tantas que han ocurrido, sino una crisis de extraordinaria significación. Ha habido guerras, depresiones económicas y convulsiones sociales en distintas épocas. Pero esta crisis no puede compararse con tales desastres que se repiten una y otra vez. Esta crisis no es de país alguno, ni el resultado de ningún sistema específico, secular o religioso, sino una crisis en el valor mismo, en el sentido mismo del hombre en sí. Por esta razón no podemos pensar en términos de reformas a base de remiendos, ni buscar la substitución de un sistema por otro. Esta confusión y esta tristeza no son el resultado de simples acontecimientos externos por catastróficos que éstos hayan sido, sino el producto de la confusión y la miseria en cada uno de nosotros. De modo que sin comprender el problema individual, que es

el problema del mundo, no puede haber paz ni orden dentro y, por lo tanto, fuera de nosotros.»

«Los escapes que ofrecen las organizaciones religiosas como medio para resolver esta confusión, son evidentemente indignos de un hombre que piensa, pues el Dios que ellas ofrecen es el Dios de la seguridad y no la comprensión de la confusión y el dolor en que el hombre vive.»

«No hay camino que conduzca a la verdad. Para encontrarla tenéis que navegar por un mar sin demarcaciones. La realidad no puede ser transmitida a otro porque lo que se transmite es algo ya conocido y lo conocido no es lo real. La felicidad no descansa en la multiplicación de moldes o sistemas, ni en los valores que ofrece la moderna civilización, sino en la libertad que es patrimonio de la virtud.»

«Vosotros, los individuos, sois más importantes que cualquier sistema social o religioso. Los sistemas están impidiendo que el hombre resuelva sus problemas. Los sistemas han llegado a ser mucho más importantes que el sufrimiento del hombre. Los patrones de acción destruyen la libertad humana y llevan al hombre a la confusión y a la miseria. Sólo en la comprensión de lo que es, del presente, de lo actual, existe la posibilidad de que éste se transforme. El mundo puede cambiar únicamente en el presente, no en el futuro, únicamente aquí, no en otra parte.»

«Lo más importante es lo que sois y no las afirmaciones de los expertos. Lo decisivo para traer la paz al mundo es vuestra conducta diaria; los movimientos de masas impelidos por fuerzas físicas y psicológicas no son los que pueden lograr la paz y la felicidad del hombre. A menos que dejéis de ceder ante la presión física o mental, religiosa o política, continuaréis siendo el creador y la víctima de esta espantosa miseria.»

Estas son las palabras del mensaje de Krishnamurti que, como ondas electromagnéticas, están circundando la tierra, despertando al hombre de su letargo, incitándolo a hollar el sendero de la realidad eterna. ¡Que aquel que tenga oídos para oír oiga!

\*

Hemos hecho sólo referencia a algunos de los más ilustres pensadores de la India, sin podernos ocupar de otros muchos no menos insignes. Existen hombres en ese lejano Oriente de una extraordinaria capacidad metafísica y de un intelecto de una lucidez asombrosa. Grande es la obra filosófica de un Shri Aurobindo y de un Yogi Ramachakra, así como la obra eminentemente ejemplar de la mística figura actual de un Swami Ramdas. Es también muy conocida la personalidad humanista del delicado y exquisito poeta Rabindranath Tagore, premio Nobel de la poesía. Muchos otros podríamos citar, sin olvidar aquellos que viven en el anonimato, perdidos en la multitud, cuyos nombres nunca figurarán en la lista de los buscadores de la Verdad; pero que trabajan y viven en armonía con el infinito y hacen obra creadora permanente.

Si observamos atentamente la vida de dichos hombres, nos cuesta trabajo creer en ese desprendimiento de las cosas externas, en ese desprecio de lo que nosotros llamamos la moderna civilización. Todos ellos han sido y siguen siendo seres errantes, sin más posesión que sus cuerpos escasamente vestidos, viviendo, la mayoría de las veces, en el más riguroso ascetismo. En efecto, nos cues-



ta trabajo creer en el ejemplo de tales vidas, cuando nosotros, occidentales, pasamos el curso de nuestra existencia buscando una solución material y social por las cuales hemos luchado enérgicamente, convencidos de que era el único medio de escapar a la explotación y servidumbre. Pero, ¡cuántas veces nos hemos vuelto esclavos de lo que buscábamos! Para comprender el comportamiento de esos hombres cumbres, las frases de Sócrates ante la condena de sus jueces, puede servirnos de una preciosa ayuda: «Cuántas razones hay, dice, que la muerte sea un bien. La hora ha llegado, yo voy a morir, vosotros a continuar viviendo. De vuestra suerte y la mía, ¿cuál es la mejor?»

La Verdad seguirá siendo pisoteada aun durante muchos años, quizá durante muchos siglos; pero lo que más urge es saber que esta Verdad es indestructible. El aniquilamiento del hombre por el hombre afecta sólo al hombre, nunca a la Verdad.

Para concebir la profunda significación de una vida de renunciamento, la cual ha de acabar siempre junto a los vencidos, junto a los derrotados, materialmente hablando, es necesario creer en los valores espirituales que hay en el hombre, o por lo menos creer en la posibilidad de experimentar dichos valores. Para ello no debemos forjar nuevas creencias, pero hemos de reconocer sinceramente que cada individuo tiene las suyas y no resulta difícil admi-

tir que incluso aquel que sostiene no creer en nada, absolutamente en nada, cree en la eficacia de su incredulidad.

La India, a pesar de su horrible miseria, a pesar de su desconcertante sumisión a su adversa suerte, es el país donde es dado realizar las trascendentales filosofías, siendo éste el motivo de que dicho país, durante siglos, haya sido un pueblo de vencidos.

Hoy el mensaje de sus pensadores se extiende a través de las fronteras y la aurora de su sabiduría parece resplandecer progresivamente en el cielo de la humanidad.

Para todos aquellos que creen en una regeneración de la sociedad, para todos aquellos que aspiran trabajar para la construcción de la verdadera paz, para todos los que procuran pensar en términos de una familia y de una humanidad, para todos ellos se difunde el mensaje venido de Oriente. En nosotros está el experimentarlo, porque si queremos ser sinceros y verídicos, hemos de admitir que no hay mayor revolución fundamental que la transformación y evolución interna de cada uno de nosotros mismos.

E. VALLS

- (1) «La Vie de Ramakrishna». Romain ROLLAND.
- (2) «La Vie de Vivekananda». Romain ROLLAND.
- (3) Habla trece lenguas.

## VIDA DE CENIT

Los lectores nos sugieren abrir un diálogo para emitir opiniones sobre diversas cosas.

Pues bien, nosotros no vemos inconveniente. Lo aceptamos. No para hablar sobre diversas cosas, sino sobre todas.

Puede, con estas líneas, considerarse abierto.

Vengan opiniones para mejorar y enriquecer la revista.

¿Sobre la presentación? Bien.

¿Sobre la calidad? Muy bien.

¿Sobre el contenido? Mejor.

Una sola regla deberá regir: comedimiento, brevedad y concreción.

Teniéndola en cuenta, que se opine sobre lo que se quiera. Todo será insertado y respondido, cuando no por los lectores, por la Redacción.

Sabemos que unos desean mejor papel, otros nuevas crónicas. Estos, que no les satisface alguna de las que se insertan; aquéllos, que no ven con buenos ojos algunos retrasos de pago, etc.

Todo puede ser tratado si se trata bien, y todo mejorará. Incluso los pagos.

Y, puesto que hablamos de pagos diremos que éstos han mejorado considerablemente.

Para los que no lo saben repetimos que tres meses de retraso obligan a CENIT a adelantar medio millón de francos, y eso no se puede hacer.

Pagar por adelantado dos trimestres mejor que uno y un año mejor que medio es la regla del buen suscriptor. ¿Por qué? Porque asegura el funcionamiento de la publicación y facilita nuestro trabajo simplificándolo.

Pagando por año se ahorran dineros y tiempo y se tiene una preocupación menos.

Y al hacerlo no olvidad que, para continuar enviando la revista a los ancianos, enfermos e inválidos, se aceptan donativos, cuya segunda lista es la siguiente:

Ginés, de Montauban .. . . .	1.000 frs.
Hernández Carmen, de Caracas .. . . .	4.088 »
«Tierra y Libertad», de México .. . . .	10.000 »
Vicente A., de Rive-de-Gier .. . . .	180 »



# EL CREPUSCULO DE BIAS



UNQUE debilitado por la vejez, Bias, el más sabio de los Siete Sabios, había quedado ante el Tribunal de Prieno, defender a un amigo acusado. Y logró que fuera absuelto. Agotado por un esfuerzo demasiado grande y demasiado apasionado, se había desmayado al pronunciarse la sentencia. Pero su síncope fué una alegría y había pronunciado, placenteramente, al desplomarse en los brazos de la persona más próxima:

—¡Un bien más que me llevaré conmigo!

Lo llevaron a su casa y lo acostaron en su cama. Todos se daban cuenta de que iba a morir y él mismo, saliendo de su desmayo, conoció que su muerte estaba próxima.

Se dibujó en sus labios una dulce sonrisa como, al pie del Micalo, la última vuelta y el último murmullo del río Meandro. Y dijo una vez más la palabra que le agradaba repetir:

—Todo mi bien me lo llevo conmigo.

Pero su hijo Teutamos preguntó, entre sollozos mal retenidos:

—¿A qué llamas tú, padre amado y venerado, todo tu bien?

—A lo que me puedo llevar conmigo.

—¡Oh sabio entre los sabios! Otros sabios ya han dicho que nada se lleva uno cuando la muerte llega.

—Hijo mío, alguna apariencia te ha engañado. No puede ser sabio quien da el nombre glorioso y fiel de bien a lo que uno no lo lleva siempre consigo, no importa al lugar donde vaya.

—¿Qué es lo que te llevas contigo, padre? Nómbralos, esos bienes que no se pierden.

—Son demasiado bellos para tener nombres. ¿O es que acaso crees que hay nombres capaces de decir la belleza de las cosas verdaderas?... Conmigo me llevo lo que yo sé... lo que yo conozco por encima de las palabras... los bienes que no pueden perderse ni darse... que cada uno debe conquistar por sí mismo... que se han vuelto lo que yo soy... que no se podrían dar ni recibir en herencia... que se desarrollan allende de todas las palabras, en el pensamiento y en el corazón encantado... que ya no pueden distinguirse más de mi corazón encantado ni de mi espíritu maravillado... Conmigo me llevo lo que la vida me ha enseñado.

—Dime, por favor, lo que la vida te ha enseñado.

—A vivir.

—¿Y nos enseña algo la muerte? ¿No lo borra, más bien, todo?

—No acabes, hijo mío, la mentira que ibas a decir. Enriquecedora es la muerte, como lo es la vida. Todo acontecimiento fluye en el recipiente que yo soy. Y por consiguiente, el sabio es el recipiente que no deja perder nada.

—¿Que ha de enseñarnos la muerte? Si la vida enseña a vivir, la muerte sólo debe enseñar a morir.

La sonrisa de Bias, en aquel momento, hizo pensar en una llama ascendente.

—No puedo saber, dijo el sabio, lo que la muerte podrá enseñar a Teutamos. A mí me enseña también a vivir.

—¿Como dices?

—La vida me ha hecho conocer, entre otras cosas, que vivir es morir. La muerte me enseña, entre otras cosas, que morir es vivir.

—Hablas de una manera muy extraña, padre.

—¿Crees tú que yo me enriquecía solamente cuando estaba sentado, o cuando estaba en pie, o cuando estaba acostado? ¿Es que la salud y la enfermedad no eran para mí enseñanzas iguales? ¿No veía yo bien cuando miraba las cosas o cuando me miraba? ¿Es una hoja una contemplación menos inagotable que un bosque y hay menos materia de meditación si miras uno de tus dedos o si viajas a través de países lejanos? Todo es vivir y todo enseña a vivir. Estar vivo o estar muerto, todo es vivir y, si capaz eres de aprender, es aprender a vivir. El que rechaza y niega el nombre de vida a una sola forma, a un solo aspecto, a una sola actitud, a un solo espectáculo, se proclama incapaz de escuchar la lección diversa y fiel de la vida. ¿No podría yo compararlo al loco que quisiera estar siempre acostado; que quisiera no terminar nunca de comer o no comenzar nunca a comer...? Me llevo conmigo a la muerte todo mi bien viviente y a la muerte voy a conquistar un poco de mi bien viviente.

Y se calló, con los ojos cerrados. Su sonrisa hacía pensar en vastas y calmas bellezas, y a no se sabe bien qué rica paz de luz. Después de un largo silencio, el sabio volvió a decir:

—Cuanto más te sonrió, oh muerte, más me sonríes tú a mí. Caminando hacia tu beso enriquecedor, te llevo el poco de bien que he podido recoger hasta ahora.

El silencio esta vez, dejó abierta la boca. Los ojos, antes cerrados por una lasitud o por una voluntad, se reabrieron. ¿Qué espectáculo miraban que los vivos ya no podían contemplar?

Teutamos abrazó el cuerpo. Y dijo, ensayando de contener su dolor:

—Si tú, padre, nada has perdido, ¿no lo he perdido yo todo?

Y en seguida triunfó el dolor. Teutamos, sollozando, se



dejó caer en un asiento y, con la cabeza entre las manos, lamentó:

—Vida o muerte, ¿es que podrán enseñarnos otra cosa que no sea llorar?

HAN RYNER

(Trad. y notas de V. M.)

#### NOTAS:

1. Los Siete Sabios eran los filósofos griegos: Tales de Mileto, Pitácoras, Bias, Cleobulo, Misón, Chilón y Solón. El gran artista libertario Gerardo de Lacaze Duthiers, fallecido en París el 2 de mayo de 1958, a la edad de 83 años, llamaba a Han Ryner «le huitième sage» (el octavo sabio).

2.—Prieno era una antigua ciudad de la Jonia, hoy llamada Samsún.

3.—El Micalo es una montaña jonia.

4.—El río Meandro (en turco Menderes), corre por el Asia Menor y desemboca en el mar Egeo. Su sinuoso curso ha hecho calificar de «meandros» a todas las vueltas de las corrientes fluviales.

5.—Si hubo un sabio que fué amado en vida, tal fué Han Ryner. Solía decir que «la vida ha sido lecha para Amar». El verdadero corazón femenino comprendió el mensaje de amor de este sabio, cuya apariencia exterior no era como para cautivar al falso feminismo de hoy. Las mujeres amaron a Han Ryner. Mujeres de altura como María Lacerda de Moura, para quien el Sócrates moderno era «su gran Amor». Mas quien comprendiera aquí amor con sexo confundiría las tinieblas con la claridad. El Amor, sépase de una vez, trasciende al sexo. Han Ryner vivió dos maravillosas décadas de amor con Alicia Telot (la es-

critora bretona que firmaba «Jacques Frehel») y tal convivencia armoniosa es relatada por el último tibro del sabio: «Le sillage parfumé» (El Surco Perfumado). Ediciones Sésame, París, 1958. ¿Quién entre los modernos ha podido exponernos el problema del Amor tan magníficamente como Han Ryner? Sus obras «El amor plural», «Tomadme todos» y «Las orgías en la montaña» son el cénit de las concepciones amorosas.

A la hora de la muerte, un grupo de amigas y amigos que amaban todos al sabio, rodearon su lecho de agonizante. «La muerte de Han Ryner», libro de J. Maurelle, relata aquellos momentos que podemos de asociar con «La muerte de Sócrates», ya poematizada por el bardo Lamartine. Han Ryner nos ha enseñado que el Amor vence a la muerte.

6.—El problema de la muerte, que no es otro que el problema de la vida, fué estudiado en un gran libro del ilustre Louis Bourdeau («Le problème de la mort»), cuya traducción castellan apareció en Madrid a principios de siglo (Librería de Fernando Fé, 1902). «El problema de la muerte—dice su traductor—, lleva envuelto, en su solución, el origen de la mayor parte de las supersticiones de que adolece la humanidad». Y finalicemos estas notas con la conclusión de Bourdeau: «Gocemos de la vida como de una participación momentánea en la universal realidad, pero accedamos a la muerte como al ritmo de renovación de los seres, a la reabsorción de lo finito en lo infinito. Sepamos vivir y no nos neguemos a morir. Seamos dulces con la muerte y ella será dulce para nosotros. Y como decía un filósofo, preciso es partir de la vida con resignación, como cae la aceituna madura, bendiciendo a la tierra, su nodriza, y dando gracias al árbol que la ha producido.

## RODOLFO ROCKER HA MUERTO

Compuesto ya este número, llega a nosotros la triste noticia de la muerte de nuestro querido compañero Rodolfo Rocker.

Era ya muy anciano; estaba en el umbral de los 86 años. Pero ello no nos consuela de la gran, de la irreparable pérdida que con la desaparición de Rocker sufre el anarquismo internacional.

En el número próximo de «Cénit» dedicaremos a esta gran figura extinguida los comentarios que se merece. Con Rocker muere el último de una generación de luchadores de talla moral e intelectual extraordinaria, que dieron lustre y renombre universal a nuestras ideas.

Terminamos este breve comentario asociándonos de todo corazón al dolor de sus familiares y de todos los anarquistas del mundo.



# MICROCULTURA

88. — El primer europeo que se internó en el continente africano para explorarlo fué Manuel Iradier y Bulfy, explorador español nacido en 1854.
89. — Los franceses invasores sufrieron una gran derrota en la batalla de Irún, cerca del monte San Marcial, en 1813, debido a la resistencia masiva del pueblo.
90. — Los jacetanos eran una tribu de la España antigua, que ha dado su nombre a la ciudad de Jaca.
91. — Kuds, es el nombre árabe de Jerusalén.
92. — «La Dama del Lago» fué escrita por Walter Scott (171-1823).
93. — En el Instituto Smithsonian de Washington, está el avión «Spirit of St. Louis», con el cual Lindbergh atravesó el Atlántico en su histórico vuelo.
94. — El nombre de Mata Hari (que así se llamaba la célebre bailarina holandesa) significa en javanés «Ojo de la Mañana».
95. — Gregorio Efimovich Rasputín se llamaba el monje, que ejerció profunda influencia en la corte imperial rusa antes y durante la primera guerra mundial.
96. — Según Rasputín «el pecado era el medio más seguro para conseguir la salvación».
97. — El parlamento ruso antes de la revolución de octubre se llamaba la «duma».
98. — Un «caripelado» es una especie de mono que vive en Colombia.
99. — Un «palafito» es una vivienda lacustre.
100. — A la persona que destruye los monumentos de las artes y las ciencias se le llama vándalo.
101. — La frase latina «ex commodo» significa con tranquilidad, a sus anchas.
102. — El vapor italiano «eVstri», húndese en 1928 a lo largo de las costas de Virginia: 110 ahogados.
103. — Abencerrajes y cegries eran las dos tribus moriscas que rivalizaban en Granada antes de la conquista «cristiana».
104. — El lema «limpia, fija y da esplendor» es de la Academia Española de la Lengua.
105. — Un ágape era la cena que tomaban juntos los primeros cristianos «en recuerdo de la cena de Jesucristo».
106. — Céltica, se llamaba la parte de la Galia anti-gua que estaba comprendida entre el Sena y el Garona.
107. — Veinte litros de agua se requieren hoy para re-finir un litro de gasolina.
108. — La clehuga es un alimento valioso porque contiene una cantidad considerable de vitamina A, bastante vitamina B y algo de vitamina C; también contiene minerales esenciales, como el hierro, el cobre, el sodio y el magnesio.
109. — El noventa por ciento de la producción mundial de aceite de oliva proviene de la región del Mediterráneo.
110. — Casi todos los pájaros pueden considerarse benéficos para el hombre, porque comen insectos o semillas de malezas.
111. — Una de las primeras drogas antialérgicas, el benadril, parece ser de eficacia para curar los dolorosos calambres que atacan las piernas de muchas personas durante la noche.
112. — La destilación de los granos para hacer bebidas alcohólicas, es una industria que comenzó hace miles de años.
113. — Aun no se conocen las causas exactas de la alta presión sanguínea y el endurecimiento de las arterias.
114. — Se incendia en alta mar el 21 de abril de 1930, el vapor «Asia». Pieren 200 personas.
115. — Turquía europea está separada de Turquía asiática por el Bósforo y los Dardanelos.
116. — La evangelia luterana es la «religión» oficial de Noruega.
117. — El 8 de mayo de 1902, el Monte Pelée, volcán de la Martinica, destruyó la ciudad de St. Pierre.
118. — El producto más importante de Formosa es la caña de azúcar.
119. — Bogotá fué fundada por los españoles en 1538.
120. — Napoleón I otorgó a Andorra la «constitución republicana».
121. — El tributo que paga Andorra a Francia es la suma de 960 francos anuales y al «obispo de Urgell» 460 pesetas por año.
122. — El urdú es el idioma principal de Pakistán.
123. — Cuando Kropotkin estaba encarcelado en Clairvaux, Ernesto Renán le ofreció por conducto de su compañera Sofía, toda su biblioteca.
124. — El gobernante bolchevique que trató de apoderarse de Hungría en 1919, se llamaba Bela Kun.
125. — Las lupercales eran unas fiestas que celebraban los romanos en el mes de enero, «en honor del dios Pan».
126. — La comarca española Maragatería, está en la provincia de León, al oeste de Astorga.
127. — El famoso poema «La vaca negra» fué escrito por el poeta catalán Joan Maragall Gorina (1860-1911).
128. — Después de vencerle con su lira, Apolo desolló vivo a arsias, músico y sátiro, que recogió y adoptó la flauta, arrojada por Atenas. (Mitología).
129. — Cerca de St. Nazaire se hundió en 1931 el vapor francés «Saint Philibert», que iba cargado de turistas: mueren 450 personas.
130. — Matalotaje, es la prevención de comida que se lleva en una embarcación.
131. — Se llama «meralgia» al dolor de cadera.

SUNO

Société Générale d'Impression, 61, rue des Amidonniers.—Le Gérant : Etienne GUILLEMAU. Toulouse (Hte-Gne.)



## POETAS DE AYER Y DE HOY

# LOS NIÑOS POBRES

Nacen las aves y, libres, tienen  
grano en la espiga, miel en la flor,  
tela en sus plumas, nido en la fronda,  
vida en el aire, lumbre en el sol.

Son los cantores de la arboleda;  
pican y vuelan sobre el frutal,  
y cuando quieren ver horizonte,  
tan alto van que ven el mar.

¡Los niños pobres! ¡Qué tristes aves!  
no tienen grano, ni miel, ni flor;  
no tienen telas para el vestido;  
ni un aire puro, ni un grato sol.

Son los esclavos de un mundo torpe,  
que haciendo leyes, forjó un dogal...  
¡Es una afrenta para los hombres,  
que el niño hambriento les pida pan!

T. CABRERA

# PAZ Y LABOR

¡Hermano!... Cuando te digan que la guerra  
es gloriosa, es moral o es necesaria,  
piensa en la triste condición del paria,  
que es carne de cañón sobre la tierra.

Y, rotundo, cual puerta que se cierra,  
rehúsate a ser fiera sanguinaria;  
prosigue, a'tivo, tu faena diaria,  
donde la fe del porvenir se encierra.

Desprecia el vil laurel ensangrentado,  
que al continuar abriendo con tu arado  
el surco del ideal sobre la vida,  
la tierra, tan fecunda y generosa,  
se entregará a tus brazos conmovida  
por tu beso de amor, como una esposa.

J. DE CHARRAS

(Trans. V. M.)



# EL GRAN MITIN ORGANIZADO POR LA C.N.T. DE ESPAÑA EN EL EXILIO

— EN EL PALAIS DES SPORTS DE TOULOUSE —



Federica MONTSENY



Un aspecto de la sala



WILHELM RUDEN

« Diversos aspectos de la  
sala y de los oradores »



José BORRAZ



Otro aspecto de la sala



Raymond FAUCHOIS

Ayuntamiento de Madrid

Fed  
mor  
Max  
y d  
Ana  
rev  
La  
Her  
quis  
Laz  
fem

de  
Com  
juv  
—P  
san  
Los  
Pue  
priv  
tura  
ble

OCTUB  
1958